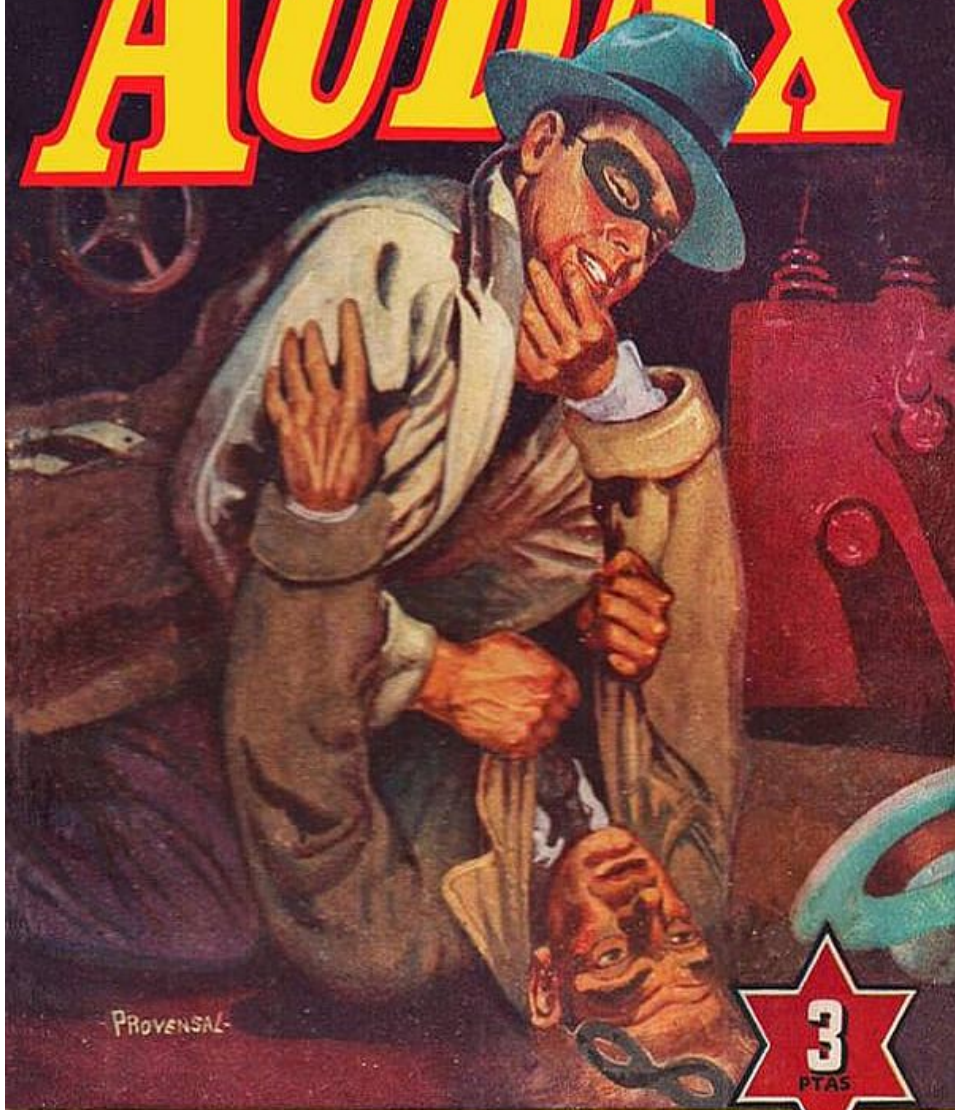


AUDAX



AUDAX CONTRA AUDAX

Última entrega de la serie donde el personaje se despidе de la escena narrativa y donde se anuncia una nueva serie policiaca que nunca vio la luz.

Ike Slavey, un judío que utiliza su negocio de antigüedades como tapadera de sus actividades delictivas, planifica y financia la fuga de tres reclusos que necesita para sus planes. Comienzan a perpetrar una serie de asaltos a joyerías, robos y asesinatos, dejando en todos ellos la firma de AUDAX. Roy Cadger, el investigador privado que estuvo a punto de descubrir la verdadera personalidad de AUDAX, en la aventura titulada «Alta Sociedad», inculpa a Lord King de estos delitos, pero colabora con él para la captura de los bandidos. Cadger, ofrece a AUDAX la posibilidad de que emigre a Australia y propone a «Baby», «Grumpy» y Lefty Longleg, una asociación dedicada a la investigación criminal. El grupo se llamaría Los cuatro ases, será el título de una de las primeras entregas de Servicio Secreto.



P. V. Debrigode

Audax contra Audax

Audax - 6

ePub r1.0

Editor 26.01.17

Título original: *Audax contra Audax*

P. V. Debrigode, 1946

Portada: Provensal

Ilustraciones interiores: Cifré

Editor digital: Editor

ePub base r1.2



AUDAX

por
P.V. DEBRIGODE



EDITORIAL



BRUGUERA

AUDAX
contra
AUDAX



CAPÍTULO PRIMERO

Tercetos

Meg Terry bostezó y, desperezándose, se levantó.

—Voy a acostarme —anunció en voz baja.

Las otras dos compañeras de habitación siguieron en sus ocupaciones. Caddy «Brillants» colocó una sota de corazones bajo la hilera del mismo palo, y Lizzy Farrell continuó mirando por la ventana de la alcoba.

Al exterior, en la noche, se recortaba a lo lejos en la negra superficie del mar iluminado de vez en cuando por un reflector potente de movimiento giratorio, un edificio cuadrado, simétrico, de grises masas sin adornos.

Meg Terry se dirigió a su cama, cuyo embozo levantó:

—Buenas noches.

Las tres mujeres, desvestidas, y tan sólo cubiertas por la bata de noche, sobre el camisón, tenían un común parecido. Sin maquillaje, tenían rasgos comunes, ausencia de cejas y carencia de suavidad en los ojos y en los labios.

—Sólo son las once —replicó Lizzy Farrell.

—Es una marmota —dijo Caddy «Brillants» dejando de manipular los naipes en el solitario, abaldonándolos sobre la mesa.

Ambas se miraron entre sí, y miraron a la que acostada, les devolvió sin amabilidad la fría ojeada.

Caddy «Brillants», la ex atracción de uno de los numerosos *cabarets* de tercer orden de San Francisco, hizo su gesto favorito cuando se sentía encolerizada.

Dióse una palmada en el muslo, mientras con la mano izquierda

se pellizcaba el lóbulo de la oreja.

—Si tu novio supiera lo poco que sufres por él, no estaría tan creído de que eres una perla.

—Jake tuvo siempre una venda en los ojos con esa gata —acotó Lizzy Farrell.

Desde su cama, Meg Terry sacó la lengua en ademán de burla, pero sin gracia ni amabilidad.

—Lo que os pasa a las dos es que sois unas hipócritas —dijo secamente y con autoridad—. Os creéis que para querer a un hombre hay que llorarlo o decírselo continuamente. Yo, a mi Jake, no sé lo digo, pero él lo sabe. Para mí siempre ha sido él mi novio, desde que era yo niña y ningún hombre más ha habido en mi vida. No soy como dos que conozco que muchas carantoñas saben hacer y son falsas y ruines como perras apaleadas.

Caddy y Lizzy fruncieron las depiladas cejas...

—¿Hablas por mí, acaso? —inquirió Lizzy en un murmullo.

—Por ti. Eso es —replicó Meg Terry, sin amilanarse—. Dood Foxy se cree, el muy ufano y tonto, que tú le quieres, y sólo le temes. Ésta es la verdad. ¡Y estás aquí de «viuda blanca» porque tienes miedo que al salir él te matase si no le aguardas!

—¡Mientes! —gritó Lizzy levantándose—. Eres una mentirosa y una... calumniadora.

—¡Calla, Lizzy! —ordenó Caddy, levantándose también—. Hablaste de dos, cariño —dijo suavemente, dirigiéndose hacia la prostrada Meg, que sacó un brazo de la cama para asir uno de sus zapatos de alto tacón—. ¿Quién era la otra?

—Tú, encanto —replicó Meg Terry, incorporándose y sacando por el lado de la cama opuesto al que se acercaba Caddy una pierna blanca en su desnudez—. El imbécil de Bit no sabe que también es por temor que estás aquí... Ninguna de vosotras dos sabe lo qué es querer a un hombre, y serle fiel.

—¿Tú sí? —dijo Lizzy aviesamente, avanzando hacia la cama por el otro lado.

De un saltó púsose en pie en el lecho Meg Terry. Empuñaba por la puntera su zapato y esgrimió el tacón...

—Si queréis «camorra» —anunció desdeñosamente— yo también. Que me gustará hincaros este tacón en los ojos... pero el alboroto atraerá al gerente, y nos echarán... Y «El Viejo» se

enfadará.

Las otras dos ocupantes de la alcoba, que avanzaban ya decididas, se detuvieron.

Caddy «Brillants» fue la primera en dominar sus deseos de pelea. Bruscamente dio media vuelta y se dirigió a su cama, cuyo embozo quitó de un manotazo.

—Vamos a dormir, Lizzy —ordenó.

La interpelada intentó una protesta:

—¿Vamos a dejar que esa niña tonta nos insulte? ¿Vamos a...?

—Vamos a dormir —dijo secamente Caddy «Brillants».

Lizzy, sumisamente, se dirigió a su cama, al otro extremo de la gran alcoba.

Meg Terry echóse de nuevo, pero vigilante, espió los movimientos de sus dos compañeras de habitación. Continuaba manteniendo en la diestra su zapato.

Apagaron las dos sus luces de cabecera. La alcoba quedó tan sólo iluminada por la lucecita de la mesilla de noche de Meg Terry...

Fuera, se destacaba en la isla el edificio gris, de pequeñas ventanas cuadradas y enrejadas.

El edificio que desde hacía un mes, todas las noches, Meg Terry miraba con fijeza cuando las dos otras «viudas blancas» no la observaban...

* * *

Talbot Durban dormía profundamente y el ritmo acompasado de su respiración tenía todas las características del hombre sumido en pleno sueño, del que sólo puede despertarle un fuerte ruido.

Por eso sus tres compañeros de celda, consideraron que había llegado el momento preciso para bisbisear sin ser oídos ni vigilados.

Los pasos del celador de noche acababan de alejarse continuando su ronda rutinaria.

Bit Bunker, que ocupaba la litera bajo la de Talbot Durban, se incorporó cuidadosamente y vino a sentarse en la litera de Jake Bush.

Hacía más de dos horas que habían sido encerrarlos en su celda y no habían intercambiado una sola palabra. Sin embargo, Bit Bunker, como si continuara una conversación interrumpida, dijo:

—Supongo que todo estará en forma, ¿no?

Desde la litera de arriba, Dood Foxy señaló con la barbilla al cuarto presidiario que dormía.

Inclinóse hasta que su cabeza rozó la de los otros dos.

—Ese tipo puede oímos.

—Duerme.

—Supongo que todo estará en forma —volvió a repetir Bit Bunker.

—Mañana, a las siete, al entrar en el refectorio para cenar, el celador de la puerta hará la vista gorda —explicó Dood Foxy.

—Está «comprado» por «El Viejo» —citó Jake Bush.

—A toda prisa a la galería de castigo, donde otro celador tendrá ya abierta la puerta de salida del economato —bisbiseó Dood Foxy.

—Y tendremos la canoa que las chicas habrán dejado en el arco del puente, desde donde no la ven los ametralladores de la muralla —terminó Jake Bush.

—Hace bien las cosas «El Viejo» —dijo Bit Bunker admirativamente.

—Porque nos necesita —replicó Jake Bush fríamente—. Todo el mundo explota a todo el mundo, y «El Viejo» nos quiere explotar.

—Y yo también.

Las palabras inesperadas, hicieron que los tres conversadores, se rigidizaran tensos los músculos, como si acabara de estallar un cohete. Sin embargo, no era más que su compañero de celda, Talbot Durban, el cual, indolentemente, dejando colgar un brazo fuera de la litera, ondeó la mano amistosamente.

—A tu litera, Bit, que vuelve el «paseante».

Oíase más cercano cada vez el rítmico crujir de las botas del guardián en su ronda. Pasó por delante la celda 76, mirando a su interior mientras maquinalmente, como en todas las demás, comprobaba si el cierre estaba ajustado.

Vio a cuatro hombres cada cual en su litera, y respirando sonoramente.

Continuó su ronda.

Dood Foxy abrió un párpado, y su pupila azul clavóse en Talbot Durban con fiero encono.

—¿Chivato, no? —bisbiseó airado.

Talbot Durban denegó con la cabeza, con gesto casi apenado.

—Odio a los soplones y a los traidores, amigos míos —dijo con su cuidadosa pronunciación británica.

—¿Por qué, pues, fingías dormir, cerdo? —Gruñó Bit Bunker.

—Desde hace cuatro días os notaba demasiado silenciosos, preocupados —explicó Talbot Durban sin desconcertarse—. Es mi primera visita a un hotel de esta clase, pero según, la jerga aquí empleada «mastiqué fuga».

—¡Acogótalo, Bit! —Silabeó Foxy.

—Te aconsejo que no lo intentes, Bit —dijo Talbot Durban calmosamente—. Gritaré llamando al paseante y descubriré el pastel, empleando, vuestro léxico. ¿No hay dos celadores comprados por un «Viejo»? ¿No hay un coche esperando? Donde entran tres entran cuatro. Nada más. Callad, qué vuelve el noctambulo vagabundo.

Talbot Durban cerró los ojos, sonriendo. Por fin, iba a escaparse del presidio y casi sin riesgos.

Sonrió con más ironía aún... El único riesgo sería, quizás, que sus tres forzosos compañeros de ruta decidieran eliminarlo por el camino.

Un minuto después, desde su litera Jake Bush asintió con la cabeza. Los otros dos, que le observaban, se encogieron de hombros.

—Aceptado, «cortacarnes» —dijo—. Saldrás con nosotros, pero a cincuenta millas de aquí te quedarás solo en la canoa.

—No —denegó el inglés sonriendo—. Dejaremos la canoa los tres. Supongo que vuestras respectivas novias y el viejo ya se habrán preocupado de dejar un coche en algún punto de la costa. Me abandonaréis por la carretera.

Jake Bush volvió a asentir.

—Bueno. Se hará así. Ahora, a dormir. Mañana noche tendremos una excursión accidentada.

Bit Bunker y Dood Foxy miraban rencorosamente al inglés, pero un leve guiño de Jake Bush les tranquilizó.

Aquel entrometido recibiría lo que se merecía por «ganguista» y chantajista.

* * *

Las tres «viudas blancas» no se avinieron durante todo el día.

Era la manera más eficaz de evitar discusiones inoportunas en momentos decisivos.

A las siete de la noche, Lizzy Farrell entró en la alcoba que ocupaban en el hotel de la ciudad costera.

Su nerviosidad era patente, y fue con movimientos casi de sacudida como echó a un rincón su bolso y su bonilla. Ambas prendas quedaron quietas sobre la silla, como si hubieran sido colocadas normalmente.

La supersticiosa Caddy vio en ello un síntoma de buen augurio.

—¡Suerte! —dijo para animarse a sí misma—. Bit decía siempre que si su gorra quedaba colgada del perchero, la noche se presentaba bien.

—Tonterías —rebatió Meg Terry.

—Ya está la aguafiestas —murmuró Lizzy encendiendo un cigarrillo con dedos temblorosos.

—No creo en bobadas de éstas —aclaró Meg Terry—. Pero creo en «El Viejo», y sé que hace las cosas como deben hacerse. Necesita de nuestros hombres no sé para qué, pero los necesita. Y lo ha planeado todo bien.

—Pero... ¡los riesgos los corremos nosotras! —rezongó Lizzy—. Vosotras dos tenéis a vuestro cargo lo más fácil —dijo Meg Terry encendiendo un cigarrillo con mano firme.

—¿Sí, eh? —masculló Caddy «Brillants»—. No veo que sea muy divertido aguardar en un coche cargado de armamento, para que nos pille un agente del tráfico.

—«El Viejo» os explicó que pasarais por la carretera entre las millas noventa y cien, y que sólo os detuvierais cuando la canoa viniese a Rond Traverse. ¿Cambiáis conmigo?

—¡Oh, no te hagas la valiente! —replicó Caddy, desdenosa.

—No es valentía. Es que yo le quiero a él honestamente, aunque sea un bandido y yo su cómplice. Pero vosotras dos tenéis nervios y miedo porque os duele exponer vuestro pellejito por quienes os importan menos de lo que aparentáis ante ellos.

Lizzy dio media vuelta rápida y su mano con el cigarrillo se agitó en el aire.

—¡Le diré a «El Viejo» que no has hecho más que buscar pelea!

—«El Viejo» tiene más confianza en mí que en vosotras dos juntas —declaró Meg Terry—. Por eso me encargó de la parte más

peligrosa: Ir a aguardarles con la lancha. Y estaré con ellos cuando disparen desde la muralla; y en cambio vosotras, cuando lleguemos, abandonaréis el coche y de nuevo yo estaré con ellos cuando vayamos huyendo por la carretera. Conque callad las dos...

—Sólo hablas tú —dijo Caddy sarcásticamente. Miró su reloj de pulsera, que marcaba las siete y diez minutos—. Aun queda tiempo... Explícame, Meg; antes eras más amable conmigo y con ésta. ¿Qué mal bicho te ha picado desde hace cierto tiempo?

Meg Terry, que, en pie, tenía las dos manos hundidas en la chaqueta sastre, las sacó, mostrándolas como si estuviera dando vueltas entre sus dedos a un invisible objeto.

—No hay anillos, no hay brazaletes —dijo suavemente—. Cuanto Jake me compró, lo he vendido para poderle dar a él comodidades «allá». Tú sigues con tus brillantes, porque aceptabas todas las invitaciones a cenar. Y tú también, Lizzy.

—Les hemos mandado, como tú misma, paquetes, ropa interior y efectivo —rebatíó Caddy dignamente.

—No tengo ganas de discutir —dijo Meg Terry.

La risita de Caddy la irritó.

—¿Busco siempre yo las discusiones, no? —preguntó Meg Terry—. Es porque, porque... me dais asco las dos. ¡A callar! ¡Que estáis muy bonitas las dos con tanta pintura, y tanta seda, y os dejaría como un par de trapos si me buscáis las cosquillas!...

* * *

A las siete y veinte minutos una canoa se deslizaba atravesando el corto trecho que separaba la costa de la isla.

Iba pilotada por Meg Terry, y un dispositivo en el motor ponía sordina al traqueteo de la máquina...

La escoba luminosa del reflector instalado en lo alto de la muralla, barrió el mar diez metros a popa...

Meg Terry siguió inclinada sobre la palanca, y poco después entraba la canoa bajo un puente. El puente marcado con una cruz en el plano entregado a Jake Bush por el celador comprado.

Meg Terry se estremeció cuando unas sombras agachadas, perceptibles por sus grises uniformes a rayas, hicieron susurrar la hierba cercana.

Saltó uno... dos, tres, cuatro... Meg Terry parpadeó, pero sin comentarios volvió a empuñar la palanca, mientras su mano zurda tendía a Jake Bush un fusil-ametrallador.

—Hola, Jake.

—Hola, Meg.

Los otros tres se tendieron cuan largos eran en el fondo de la canoa.

—Por el sur, chica —murmuró Dood Foxy.

—Ya sé. «El Viejo» me dio un plano e instrucciones detalladas.

Talbot Durban había sido el primero en saltar a la canoa, y el primero en apoderarse de una de las pistolas ametralladoras que vio en el cóncavo fondo.

Más que verla, la adivinó por sus destellos metálicos...

Aun no corría peligro porque sus compañeros no dispararían contra él, ya que el hacerlo entonces sería originar ellos mismos la alarma...

La canoa contorneó la isla por el litoral meridional...

—Estarán sentándose —murmuró Bit Bunker.

—Pronto... oiremos el «terceto» —susurró Dood Foxy.

—Hay trajes —dijo Meg Terry atenta al manejo de la canoa—. Pero sólo tres... No sabía que...

—Es un polizón, se coló a la fuerza —explicó Jake Bush.

—Me llamo Talbot Durban, señorita —dijo el inglés—. Perdona la intromisión, pero a la fuerza yo...

Un repentino estampido rasgó el silencio de la noche...

—¡Dale marcha! —aulló Dood Foxy empujando su pistola.

Otros dos cañonazos dibujaron círculos rojos en el horizonte... El triple cañonazo anunciando la evasión...

Un haz de reflectores barrió el mar, entrecruzándose...

—Nos despiden a toda gala —dijo Jake Bush—. Saca el máximo, Meg. Ya no importa el ruido.

La canoa levantó abanicos de espuma, zigzagueando... Fue enfocada por la cola luminosa de un reflector...

Meg Terry condujo en línea recta...

—¡Nos van a acribillar, Meg! —gritó Bit Bunker—. Gira... el volante... como antes.

—Ya no perforan —explicó Jake Bush en pie junto a su novia y a proa de la canoa—. Si llegan los balazos, no harán mucho daño.

Buena chica, Meg, eres una buena chica.

La canoa más que un bólido lanzado por la propulsión de las hélices, semejava un surco blanquecino cortando la superficie en calma del agua...

Algunos surtidores diminutos marcaban una especie de estela tras la embarcación.

—Disparan —dijo Bit Bunker.

—Es su obligación —dijo Jake Bush—. ¿O qué querías? ¿Que bailasen con las manos entrelazadas?

Talbot Durban, sentado en el fondo, con la espalda adosada al banco de popa, observaba vigilante los movimientos de sus «compañeros».

La isla se alejaba cada vez más. Oyéronse unos sonidos semejantes a violentas toses secas...

—Las canoas... que también ellos tienen canoas —comentó Jake Bush.

—¿El coche? —preguntó Dood Foxy volviéndose, mientras colocaba el brazo derecho armado junto a la cabeza de Talbot Durban.

Pero apuntaba hacia los invisibles y lejanos policías perseguidores.

—Espera en Rond Traverse. Minutos nos faltan —dijo Meg Terry.

No quería mirar de soslayo, porque vería la dura barbilla de Jake, y su boca ceñuda que sólo sonreía raramente... La enlazó él por los hombros, y ella reclinó su cabeza.

Un «floc» repentino junto a la canoa alarmó a Dood Foxy.

—El «pijama de la cebra» —explicó Bit Bunker ya vestido con un terno marrón.

Dood Foxy le imitó rápidamente su uniforme de presidiario y también fue al agua.

—No hay ropa para ti, «cortacarnes» —aclaró Jake Bush que tras soltar a Meg Terry, habíase desvestido con asombrosa rapidez, y estaba introduciendo las piernas en un pantalón gris.

—Hubiese sido demasiado —replicó Talbot Durban humorísticamente.

—¿Quién es? ¿Por qué le llamas «cortacarnes»? —inquirió Meg más que por curiosidad, como método contra el nerviosismo.

Tras la canoa, a media milla de distancia, varios haces luminosos señalaban la creciente ventaja de las lanchas motoras policiales...

—Fue médico —explicó Jake Bush, que la empujó—. Tiéndete. Están disparando con más tino...

Dos balas acababan de arañar la madera de popa.

Bit Bunker asió el fusil ametrallador que había soltado Jake Bush y sentado en el fondo de la canoa, apoyados los dos codos sobre las rodillas, presionó el gatillo hacia los reflectores.

—¡Bestia! —gritó Jake Bush propinándole, un taconazo que hizo saltar de manos de Bunker el fusil ametrallador—. Recuerda las instrucciones del «Viejo». Sólo dispararemos si nos estrechan de cerca... y no nos estrechan.

—¡Rond Traverse! —avisó Meg Terry.

Jake Bush, miró el brazo extendido de su novia. Siguió la dirección señalada lanzando como una flecha la canoa contra la playa...

Cayeron unos sobre los otros al chocar la proa contra la arena. El primero en saltar fue Talbot Durban...

En lo alto de la carretera, se dibujaba una masa sombría y alargada inmóvil.

Fue también Talbot Durban el que primero se instaló en una esquina del asiento posterior del «Studebaker», abandonado instantes antes por Caddy «Brillants» y Lizzy Farrell.

Colócase al volante Bit Bunker, junto al que se sentó Dood Foxy.

Meg Terry sentóse entre Talbot Durban y Jake Bush.

—Ya sabes la ruta —advirtió Jake Bush—. «El Viejo» nos tiene preparado un relevo en la carretera de Kansas...

En la playa sonaron con insistencia silbatos, pero el «Studebaker» lanzado a toda velocidad era ya un punto lejano e invisible casi cuando los policías llegaban a la carretera...

Talbot Durban mantenía los brazos cruzados indolentemente. Su mano derecha ostentaba la negra figura rectangular de la pistola ametralladora, cuyo cañón parecía adornar la solapa de su guerrera de presidiario.

—Tú no vas tranquilo —dijo de pronto Jake Bush, mirándole por encima del hombro de Meg Terry.

—En los «home» ingleses no son bien acogidos los invitados que se invitan ellos mismos —replicó el británico, sin perder de vista a

Dood Foxy que le miraba acodado en el respaldo.

Meg Terry guardó silencio, dispuesta a arrojarle al suelo al primer síntoma de lucha en el interior del coche...

—¿Dónde quieres apearte, «cortacarnes»? —preguntó Jake Bush casi amablemente.

—Donde tú lo creas sensato, Jake Bush. De vosotros tres sólo espero como premio una rociada de plomo por la espalda.

—¿Premio a qué?

—A que no «soplé» lo que había oído. Pude fingir que seguía durmiendo. Revelar vuestra fuga me habría valido una condonación de varios años, y tan sólo me hubiesen quedado unos meses más de cárcel. Preferí irme con vosotros... porque tengo prisa por liquidar un asunto pendiente.

Jake Bush sintió aumentar su secreta simpatía por el correcto ex médico.

—¿Por qué crees que pensamos «tumbarte»?

—Debe de ser lo usual ¿no? —dijo sonriente el inglés.

Meg Terry miró de reojo al que acababa de hablar. Era un hombre de unos cuarenta años, bien parecido, y que al quitarse el uniforme de presidiario, debería de ser un individuo elegante.

El «Studebaker» seguía la carretera secundaria que conducía por las llanuras de California central. Bit Bunker obtenía el máximo rendimiento del potente motor.

—No somos asesinos —dijo Jake Bush secamente—. Las «herramientas» eran por sí nos querían dar caza. ¿Quieres venir con nosotros a Nueva York? —preguntó indiferente, pero tendiendo una trampa.

—No tengo ningún interés en imponerte mi compañía, Jake Bush —replicó el inglés.

Y aquello le salvó. Para Jake Bush quedaba eliminada su sospecha de que Talbot Durban quería averiguar también a dónde se dirigían y qué planes eran los que habían hecho que «El Viejo» lo arreglase todo para facilitarles la fuga.

—¿Confías en mí? —le preguntó.

—No mucho —replicó el inglés sonriendo.

Jake Bush sonreía escasamente. Ahora rió. Rozó con la diestra la mejilla de Meg Terry.

—Busca entre los pies de Dood y Bit. En la caja. Levanta la

madera. Tiene que haber algún «overall» o un viejo pantalón con jersey.

Meg Terry se inclinó sobre el respaldo entre los dos hombres del asiento delantero. Al fin se levantó, para volverse a sentar. Llevaba en las manos un «mono» azul.

—Dáselo —dijo lacónicamente Jake Bush.

Ella lo tendió al inglés, quien se dispuso a colocárselo encima de su uniforme de rayas.

—No, «cortacarnes». Eres un torpe como un novato —aclaró Jake Bush—. Lo más importante es abandonar el pijama de ceбра.

—Hay una señorita delante —dijo sin sonreír el inglés.

—¡Bah! —dijo desdeñosamente Meg Terry. Pero en el fondo agradecía la sincera delicadeza. Volvió el rostro, hundiéndolo en el hombro de Jake Bush.

Dood Foxy rió groseramente.

—Ya ha visto muchos chimpancés desnudos y... —empezó a decir.

Jake Bush adelantó la diestra y el manotazo produjo un sonido seco, al chocar contra los dientes de Dood Foxy.

—Es mi novia, Dood —advirtió calmadamente Jake Bush.

—«¡Hip, hip, hurra!» —canturreó en voz baja Talbot Durban ya vestido con el mono y arrugando entre sus manos el uniforme de presidiario—. Por si no lo comprendieras, amigo Foxy, mis onomatopeyas quieren significar aprobación al gesto de Jake Bush. Yo no sé hasta dónde caeré, pero siempre respetaré a la mujer dónde quiera que me halle.

—Nadie te pide tu aprobación —dijo Jake Bush fríamente.

—Apruebo la serenidad de tu novia que ha conducido la canoa como una experta loba de mar.

Dood Foxy se tanteó los labios, gruñendo.

—«El Viejo» no te dio la jefatura, Jake. Y este golpe me lo cobraré.

—Cuando quieras, Dood. Pero ahora tenemos cosas más importantes en que pensar. ¿Dónde piensas ir, «cortacarnes»?

—En busca de un antiguo amigo... y cuando lo haya matado, entonces me sentiré resucitar. ¿La quieres a ella, Jake? —Y el británico señaló a Meg Terry.

—¡Imbécil! —masculló Jake Bush—. ¿Qué tiene eso que ver con

nosotros?

—Mucho. Júrame por ella, que no dispararéis cuando yo baje.

—Baja tranquilo, «cortacarnes». Yo te afirmo que nadie disparará... si no te tropiezas con la policía. ¡No tires el pijama! Lo guardas, y lo ocultas fuera de nosotros. ¡Torpe! En la carretera sería una pista. Eres un maldito novato.

—Lo reconozco humildemente —dijo el inglés.

El «Studebaker» siguió devorando kilómetros sin contratiempo. Divisábanse al Oeste las colinas de Kansas al amanecer... Dormitaba Dood Foxy, y dormitaba Meg Terry, apoyaba sobre Jake Bush...

Talbot Durban señaló el campo tachonado de granjas...

—Aquí podré buscar algún trabajo para reunir dinero con que tomar un tren.

Jake Bush aplicó su índice bajo la barbilla de Meg Terry que despertó instantáneamente, con una maquinal sonrisa en los labios. Era la forma de despertarla que más le gustaba... Siempre hacía Jake lo mismo...

—¿Llevas dinero, Meg?

—Poco, Jake —se excusó ella.

—¿Cuánto?

—Ciento diez dolares.

—Dale cincuenta y cinco al «cortacarnes».

—No los acepto, Jake Bush. Gracias, de todas formas. Os pueden hacer falta.

Jake Bush cogió de manos de Meg Terry el montón de billetes. Contó despaciosamente la mitad, con lo que hizo un rollito que introdujo bruscamente en el bolsillo superior del mono que llevaba el inglés.

—Ya puedes largarte, «cortacarnes». Aminora la marcha, Bit. Lo suficiente para que no se rompa el cuello.

Talbot Durban tendió la mano a Meg Terry que la miró sin cogerla.

—Gracias de todos modos —dijo Talbot Durban—. Que tenga usted mucha suerte, señorita.

—¡Baja ya, «cortacarnes»! —ordenó Jake Bush.

Talbot Durban tendió su pistola por el cañón.

—Es tuya, Jake Bush.

—Guárdala, novato. Te puede, servir por el camino. Adiós... y

suerte.

Talbot Durban volvió la espalda, abriendo la portezuela: el coche había disminuido su marcha...

Meg Terry observó íntimamente estremecida el movimiento de Jake Bush, cuya diestra desaparecía en el interior de su americana.

Pero Talbot Durban saltó, tropezó ligeramente, recuperó el equilibrio en la cuneta y desapareció por entre la arboleda sin que Jake Bush sacase la diestra...

—Ese tipo tiene «algo» —comentó Jake Bush—. No sé qué. ¿Será eso que llaman honradez?

CAPÍTULO II

El maniático meticuloso

Ike Slavey se acarició pensativo la corta barba blanca. Sus largos dedos amarillentos y afilados resaltaban contra la albura del cabello. Vestía una ancha y felpuda levita y cubría su cráneo un gorriño redondo con borla, atuendo muy usual en los «ghettos» polaco-judíos... Miró el número que acababa de escribir con lápiz sobre una cuartilla.

—28 de noviembre —dijo en voz alta—. Son las ocho y treinta de la noche y desde la estación de Leicester Square hasta mi trastienda tan sólo hay veinte minutos en *taxi*. Os dije que vinieseis a pie o en «metro». Pongamos, pues, treinta y cinco minutos. Bajastéis del *express* Dakota a las siete y veinte. ¿Dónde estuvisteis? ¿No os dije que vinierais aquí directamente?

Caddy «Brillants» se encogió de hombros. Lizzy Farrell rió vulgarmente, contoneando los hombros.

—No sea detectivesco, vejestorio —arguyó Caddy—. Al bajar del tren, me dijo ésta: «¿Vamos a tomar un helado de los de nata en el “Cocoa”? Y fuimos. Hacía un mes que no tomábamos uno tan bueno».

—Los helados no son saludables en esta época —dijo Ike Slavey arqueando las poderosas cejas—. Sois dos estúpidas, queridas mías. Dos gallinas cluecas con mucho cacareo, muchas plumas y muy poco seso.

El cutis arrugado y marfileño del judío se tiñó de un leve enrojecimiento. Era su indignación... y las dos muchachas callaron, guardando un prudente silencio.

—De modos, queridas mías, que yo planeo con meticulosidad todo un proyecto para salvar de presidio a vuestros rufianes, lo calculo todo al céntimo de segundo y al quinto de milla. Construyo un reloj humano en que cada minuterero, cada muelle y cada espiral están perfectamente encajados en su debido lugar... ¡y dos helados en el «Cocoa» os hacen olvidar vuestra obligación!

—No se ponga así, «Viejo» —dijo humildemente Caddy, la orgullosa tanguista atracción—. Fue inocente. ¡Tuvo la culpa esta imbécil!

—Tal para cual, queridas mías. Después del helado, os convendrá un buen café. Lo tomaréis donde os apetezca, pero antes cuéntame lo que habéis hecho desde el 25 de noviembre, hasta hoy. Habla tú, Caddy. Eres una fracción infinitesimal menos estulta que tu compañera de orgías.

—El 25 era viernes, ¿no? —se preguntó a sí misma Caddy—. Bueno, pues si era la noche en que... Eso es. Nosotras dos cogimos el «Studebaker» y cuando se hubo marchado Meg, seguimos la ruta que usted nos había marcado en un plano.

—¿Qué pasó con el piano?

—Encendí un cigarrillo con él. Llegó la lancha... Muchos disparos. Nos fuimos. Regresamos al hotel, paseando, como todas las noches. Vinieron policías a las doce de la noche. Nos asaron a preguntas. Nos pusimos furiosas, tal como usted nos dijo. Lloramos después diciendo que los habían matado, a «ellos». Los policías nos dejaron en paz a las cuatro de la madrugada. Se fueron diciendo que éramos dos tontas.



—¿Le gustó esta carambola...

—Los policías a veces tienen olfato. Continúa, Caddy.

—Por la madrugada cogimos el tren de la playa Sur. Allí, un coche que nos llevó a Aguas Calientes. Vimos en el casino a uno de los policías... Usted lo había adivinado, «Viejo». Nos vigilaban.

—Y al veros a la «pesca» de jugadores ebrios, se fueron convencidos que, ya libres de vuestros amores, buscabais más brillantes y dolares. Sigue, Caddy.

—Nos hicimos invitar en coche por uno que iba al Norte. Cogimos el Dakota en Saint-Louis... y aquí estamos.

—Yo tengo que decir algo «Viejo» —intervino Lizzy—. La muy envidiosa de Meg Terry me insultó. También insultó a Caddy, porque...

—No me interesa. Meg es sensata y además solo se puede insultar a quien se puede ofender. Os podéis ir a tomar café, queridas mías. Yo pago.

Echó sobre el regazo de Caddy un fajo de billetes atado con una goma.

—Hay setenta y cinco dolares. Por cada uno que gastéis, murmurad una vez en voz baja: «El Viejo» paga, pero mata si nos pasamos de estúpidas. Andad, id a llevar a otra parte vuestro perfume recargado.

Lizzy Farrell se levantó riendo y contoneándose de hombros.

—Algunas veces he soñado que usted me quería, «Viejo». Y le iba a hacer sufrir mucho.

—A mi modo te quiero, querida. Pero no puedo competir con Dood Foxy... porque él es imbécil, además de joven. Adiós. No volváis por aquí si no os mando aviso.

Caddy «Brillants» salió del despacho-trastienda, sin decir una sola palabra; Lizzy Farrell iba a hablar, pero se contuvo. No le gustaban los ojos verdosos del judío...

Una vez, había pisado una serpiente en una excursión campestre y el bicho poseía los mismos ojos de Ike Slavey.

Ike Slavey se entretuvo dibujando arabescos en la cuartilla. Quedó bosquejando un excelente escudo heráldico...

No levantó la vista al oír pasos, porque eran las nueve y media y Jake Bush era la puntualidad personificada.

—Hola, Slavey —fue el saludo de Jake Bush.

—Hola, «Viejo». Gracias —dijo Dood Foxy.

—Da gusto estar de nuevo aquí en mi Nueva York —comentó Bit Bunker sentándose.

—Buenas noches, *mister* Slavey —saludó Meg Terry.

—Buenas noches, niña. Os podéis sentar todos. Habla, Jake. Cuéntame, a partir de las siete y veinte de la noche del 25 de noviembre.

—... por eso le dejé marchar. No sabía nada y matar inútilmente no es mi placer. Hasta hoy a nadie he matado, y...

—Está bien, Jake. Yo habría hecho lo mismo, a lo mejor. ¿Quién de vosotros tres fue el primero que habló en la celda?

Jake Bush miró al techo. Dood Foxy miró fijamente a Bit Bunker, que tras un momento de vacilación, dijo:

—Yo. No sabía que el tipo inglés estaba despierto...

—A ti te pertenecía el liquidarlo. Pero olvidemos ese incidente —manifestó el judío—. Prosigue, Jake.

—... y del «Buick» saltamos al «ferro» del Sur. Esos dos se fueron por el otro ramal y Meg y yo volvimos a reunimos con ellos en

Times Square. Eso es todo.

—Supongo, queridos amigos, que a veces pensaréis lo suficiente para comprender que nadie en este mundo hace nada por nada. ¿Qué interés me movió a ayudaros?

—Nos necesitas para explotarnos —dijo Jake Bush.

—Contigo, nunca hay engaño, Jake —aprobó el judío—. Yo envié a vuestras «viudas blancas» a un hotel de la playa cerca de la isla. Me costó mucho dinero. También me costó ríos de dolares comprar a los dos celadores. Pensad en la lancha, en los dos coches...

—No gimotees, «Viejo» —rebatíó Jake Bush—. Yo he hecho mis cálculos también. Éste —y señaló a Dood Foxy— es el mejor «revientacofres» de los Estados. Éste —y señaló a Bit Bunker— le pega un tiro a su sombra, y posee una puntería única. Yo subo por las paredes de un «rasca» sin necesidad de escalerillas, y porque fui corredor de joyas distingo la buena de la falsa a una distancia de tres metros. He llegado a la conclusión de que si hasta hoy tú te limitabas a comprar a bajo precio lo que los demás robaban, ahora quieres que nosotros tres robemos por tu cuenta... Dood abrirá las cajas, yo le habré abierto la puerta, y Bit protegerá el camino de ida y vuelta. ¿Es eso?

Ike Slavey se colocó dos dedos en la boca y dejó oír una risita cascada, molesta y desagradable...

—Eres, medianamente listo, Jake. Eres un ladrón, pero eres noble dentro de lo que cabe. ¿Qué condena te impusieron?

—Lo sabes. Ocho años por robo con escalo y fractura.

—Y por los dos meses de hospital con que le obsequiaste al dueño del piso.

—No sabía que era manteca. Le pegué sólo unos puñetazos... y varios silletazos, porque tenía una pistola e iba a disparar.

—No me interesa, Jake. Era tan sólo para recordarte que gracias a mí te has ahorrado siete años y once meses.

—Más ahora Bit, que estaba condenado a perpetua. ¿Qué quieres?... ¿Que te lama la mano, «Viejo»?

—Bastará con que cumpláis. Escuchadme con atención. Lo que no comprendáis os lo aclararé. ¿Habéis oído hablar de un tal «Audax»?

Los tres hombres denegaron, tras un instante de reflexión.

—¿Y tú, Meg?

—No, *Mr. Slavey*.

—¿Por qué le llamas «*Mr. Slavey*»? —Gruñó Jake Bush—. «Viejo»..., y gracias.

—Por él... estás conmigo, Jake —dijo ella con los ojos bajos.

—Todo el mundo explota a todo el mundo, Meg —dijo Jake Bush, secamente—. Este viejo nos necesitaba. Eso es todo. Bien; siga con su cuento.

—«Audax» es la contraseña que deja en sus originales robos filantrópicos un ladrón de alto copete. Un individuo que tiene buen gusto y sabe lo que roba. Elige cuidadosamente, pero tiene el gesto romántico e imbécil de dejar su contraseña. Unas veces dibuja la palabra «Audax» con un lápiz de labios, otra con naipes doblados...

El judío hizo una pausa, observando a Jake Bush.

—¿No te sugiere nada esta filantrópica manera de robar?

—Explícame primero qué es eso de filantrópico, porque en mi camino nunca he tropezado con esos sujetos.

—En su acepción más corriente, filantropía es «amor a la humanidad». Se manifiesta prácticamente con donaciones a institutos benéficos, hospitales, limosnas y demás obras de caridad. Y «Audax» a veces ha devuelto lo que antes robó, y otras entrega sumas importantes a sociedades dedicadas a huérfanos y ancianos.

—Es un ladrón a medias, y, por tanto, mal ladrón —decretó Jake Bush.

—También puede tratarse de un individuo rico, que, amante de las emociones, siga una ruta peligrosa sin necesidad.

—Yo, si fuera rico, no andaría en jaleos.

—Pero tú has vivido ya suficientes emociones. Además, desconoces la mentalidad de ciertos sujetos que pertenecen a una esfera social distinta a la nuestra.

—¿Sujetos como los que vienen a tu tienda?

—Eso mismo —asintió Ike Slavey—. Tengo barruntos de quién es «Audax» en realidad. La policía lo ignora.

—Pues... ¡hay un negocio limpio a la vista! —dijo Bit Bunker.

—¿Cuál? —inquirió Ike Slavey, conociendo de antemano la respuesta.

—Uno de nosotros, yo mismo, voy a visitar al tipo ése, y pagará o cantaré.

—Pagaré la primera vez. Luego nos exterminará, porque, aunque sea elegante y refinado, sabe emplear, no ya la pistola, sino las bombas de mano, si es preciso. Y de un chantaje se obtiene poco resultado. Hay un método mejor.

—Que cargue él con el mochuelo —dijo Jake Bush, con gesto de disgusto—. ¿No es eso, «Viejo»?

—Eres listo, Jake. Puesto que el ladrón de guante blanco firma sus robos, vuestros robos se ampararán bajo su firma. Yo, por mis relaciones, conozco gente de la buena sociedad. Les visito profesionalmente. Os daría planos exactos de la disposición de las casas. Tú, Jake, allanarías el camino, eligiendo después sin error las joyas comerciables; tú, Dood, abrirías el cofrefuerte, y Bit protegería la operación.

—Dale un aviso, «Viejo» —advirtió Jake Bush—. Bit dispara por gusto, y para operar con él necesito saber que sólo disparará en caso necesario y no por el placer de matar. Ladrón, bien; pero no quiero ser asesino o cómplice de asesinatos.

—Tantos remilgos... —empezó a decir Bit Bunker.

—No son remilgos. A mí no me vuelven a meter en la jaula, y para ello, si es preciso para evitarlo, despacharé a quien sea; pero matar inútilmente es de asesinos.

—Especial filosofía —dijo Ike Slavey—. Pero Jake Bush tiene razón, muchachos. No se debe disparar más que en caso de máxima necesidad. Del fruto de cada operación se harán siete partes. Tres para vosotros, cuatro para mí.

Dood Foxy pestañeó, adelantando las manos en vehemente protesta.

—¡Cuatro para ti! ¡Sueñas!

—No. Debo recuperar los gastos que hice para daros libertad. Además, yo soy el que os facilita toda la labor. Y soy también quien revende la mercancía. ¿Qué hacíais antes? Robabais y me traíais el género.

—Y lo que valía cien, te lo quedabais en diez —dijo Jake Bush.

—Ahora valoraré en su justo precio. Un último aviso: las mujeres no deben saber nada de todo esto.

Bit Bunker señaló con el pulgar a Meg Terry.

—Y ésta, ¿no lo sabe ya?

—De la mujer, Meg sólo tiene dos defectos: el ser bonita y el ser

tonta por haberse enamorado de Jake Bush. Pero, por lo demás, es discreta y sensata. Os podéis marchar. Cuando os necesite, os mandaré un papel en blanco al «Nokoris». El sobre irá dirigido a Jake Bush.

CAPÍTULO III

Víspera de Año Nuevo

El *roadster* «Auburn» se abrió pasó dificultosamente por entre el abundante tráfico de la noche, en que las calles de Nueva York semejan riadas humanas de alborotada alegría ruidosa.

Los escaparates cuajados de luces, las músicas callejeras, respetables ciudadanos tocados con gorros de papel, beodos cantando himnos báquicos... Víspera de Año Nuevo...

—La renovada ilusión de que el venidero será mejor —dijo Lord King, siempre atento al volante—. Y quizá sería, preferible que nunca terminase el año. Más vale lo malo conocido, que lo bueno por conocer...

—¡Diablos! —exclamó la rubia de llamativa belleza aniñada sentada Junto a él—. Es usted eso que llaman un pesimista.

—No. Amalgamo una desencantada filosofía con la saludable indulgencia de quien ha pasado por todo. Esta noche todo es bullicio y cordialidad...

—¡Animal!... —vociferó un peatón, dando un salto hacia atrás.

—¡Cómprate un coche, canguro! —gritó «Baby», asomando la rubia cabeza por la ventanilla. Se cubrió los oídos con las dos manos—. ¡Diablos! ¡Qué cosas más feas dice el canguro ese! Acelere, patrón, que si me pilla me va a atizar en todo lo alto de la calabaza.

Lord King, con su eterna sonrisa en los labios y la alegría en sus ojos azules, torció el rumbo, abandonando las calles céntricas para internarse en el dédalo conducente a los barrios bajos.

—Hay una lección práctica de filosofía en el «Auburn», «Baby».

¿La adivinas?

—Creo que será la que aprendo cuando cojo un *taxi*. Ayudo al chófer a insultar a los peatones, y cuando soy «peatona», me hincho de insultar al chófer y al que va dentro.

—¿No has pensado nunca, cuando la gente se siente dispuesta a divertirse porque el calendario lo exige, que hay seres que sufren?

—¡Vaya que sí! Por eso hacen fortuna los mendigos en estos días. Tienden la mano, y todo el mundo, asaltado por oscuros remordimientos, les da dinero. ¡Pare en una esquina, que voy a tender la mano!

—¿No has extrañado que no invitase a tu tía esta noche?

—Si no lo hizo usted, sus razones tendría, patrón. Y «Grumpy» es sensata y las habrá adivinado. Yo, no.

—Necesito alguien al volante del coche, mientras me espera. Debo ir a determinados lugares frecuentados por gente hampona. Gente que no vacila para suprimir a un semejante suyo, si se siente en peligro.

—¡Vaya! ¿No podía usted elegir otra noche, patrón, para meterse en jarana? Yo voy con usted. Le acompaño.

—Te quedarás al volante, porque me serás más útil si tengo que salir un poco apresuradamente.

—¿Puedo saber qué busca usted... aparte de leñazos?

—Busco un «chivato».

—Vamos a una granja y será menos expuesto. ¡Diablos! ¿Un confidente? Como le vean hablando con él, le asarán, patrón. Esta gente del hampa es muy descontada, y usted es el hombre que mejor viste de todo Nueva York. Escuche, patrón: tiene usted treinta y un años. Una edad preciosa para duplicarla y...

El «Auburn» se detuvo en una calle ancha, bastante transitada. Miró «*Baby*» el letrero luminoso del café ante el que acababa de descender Lord King. Leyó: «Nokoris»...

—Esta «k» me da mala espina... —murmuró «*Baby*».

—Guarda el motor en marcha, muñeca. Y recuerda una cosa: estoy tratando de averiguar algo que supone para mí poder seguir viviendo sin sentarme en una silla eléctrica. Recuerda los cuatro reportajes de este mes, que me leíste con grandes exclamaciones furiosas...

—Los llevo recortados en mi bolso, patrón. Me dan fiebre.

Lord King entró en el café. Sabía que allí acudían todo género de individuos. Policías dudosos, policías escrupulosos y honestos, elegantes en busca de diversión, *gangsters* perseguidos, rateros...

A la entrada, tenía el aspecto de un café corriente. Sillas, mesas de mármol; un mostrador a la izquierda. Al fondo, varias mesas de billar.

El *frac* y el sombrero de copa de Lord King llamaban la atención por el *cachet* especial de su corte. Pero sus guantes blancos y el bastón negro de puño de marfil parecieron fascinar al camarero del mostrador.

—Un «triple-sec»... —repitió Lord King.

El camarero sirvió la consumición pedida por aquel *dandy*. Lord King arrolló alrededor de su índice un billete de diez dolares.

—La vuelta para ti, muchacho, si me dices dónde está Soapy Bull. Me lo han recomendado como cuentista alegre.

El camarero miró el billete de diez dolares. Nueve con diez centavos para su bolsillo.

—Soapy es aquel que está jugando en la mesa seis. El gordo y pequeño que ahora «taquea», junto al largo y flaco. Gracias, señor.

Y el barman recogió prestamente el billete de diez dolares.

Volteando entre los dedos su bastón Lord King se aproximó a la mesa de billar, junto a la cual se encontraban dos tipos inconfundibles de la grey delincuente de ínfima categoría: un individuo alto y flaco, de rostro cenceño y serio; otro, pequeño y obeso, de cara servil, achatada...

Lord King examinó con aire de entendido la «tacada» de Soapy Bull, que conducía las bolas junto a la banda, sumando carambola tras carambola.

—Prepara tus cinco «machacantes», Bit —anunció Soapy Bull—. Me falta una carambola para las cien, y ya ves cómo están las «redondas». Con los ojos cerrados termino.

—Dale y charla menos... —dijo Bit Bunker, irritado. Estaba tan sólo en la carambola sesenta y tres...

Soapy Bull dio un leve punterazo con el taco y sumó la carambola cien. Tendió la mano, en la que Bit Bunker depositó a regañadientes un billete de cinco dolares.

—Apuesto diez a la mayor tacada en cuatro tiradas. Buenas noches —saludó Lord King, ladeado el sombrero de copa y

sonriendo amablemente.

Bit Bunker le miró con indiferencia... Depositó el taco encima de la mesa y se alejó.

Soapy Bull, el «as» del «Nokoris», que daba cincuenta de ventaja a Bit Bunker el «subcampeón», examinó al atildado desconocido.

—Aceptado, señor. Diez dolares. ¿Límite?

—Cincuenta carambolas —y Lord King dejó sobre una silla cercana su sombrero de copa y su bastón. Quitóse los guantes...

—Elija el mismo taco que ha dejado Bit, señor —aconsejó paternalmente Soapy Bull—. Es el mejor de la casa. Pero queda usted libre...

El «confidente» colocó una bola en cada esquina para «jugarse» la salida.

Lord King empujó la suya, pero la lacada de Soapy era milimétrica y la bola empujada por él quedó casi pegada, después del viaje de ida y vuelta, a la banda de salida.

—Empiezo, señor.

A la quinta carambola que Soapy Bull hizo sin interrupción quedaron los tres marfiles en tal posición, que hasta un principiante habría realizado la carambola. Sin embargo, Soapy Bull la falló.

Miró con repentina escama a su adversario, que acababa de murmurar:

—Cincuenta dolares por dos informes fáciles, Soapy.

—Le toca a usted, compadre —anunció Soapy Bull.

Lord King se inclinó sobre la mesa.

—¿Policía? —inquirió Soapy—. Hoy hasta los «polis» visten como los cromos de las revistas de modas.

—Particular. Curiosidad.

—Hay curiosidades que matan a quien las tiene y a quien las sacia.

—¿Le gustó esta carambola por tres bandas, Soapy? Cincuenta dolares para saber quién es el hombre que puede abrir un cofrefuerte inviolable, sin dinamita, usando tan sólo el oído y las yemas. Y otros cincuenta por saber si ese hombre puede subir por una pared sin desnucarse.

Soapy Bull dio un golpe impaciente en el suelo de madera con el remate del taco que empuñaba.

—Al juego, compadre. Yo no soy ningún «chivato».

—Van siete, Soapy. Y ésta la voy a fallar. ¡Fallada! A usted le toca.

Soapy Bull inclinóse sobre la mesa, examinando la posición de las bolas. «Cien dolares», «Cien dolares», «Cien dolares»... era una cancioncilla incrustada en su mente mientras iba efectuando carambola tras carambola.

Y no había peligro en aquel informe... Se detuvo en su carambola cuarenta y cuatro.

—Me falta una, señor. Va usted a perder sus diez dolares.

—Quiero perder ciento diez, amigo.

—Dood Foxy —bisbiseó Soapy Bull, inclinándose de nuevo sobre la mesa—. Y Jake Bush.

Hizo la carambola y soltó el taco encima la mesa.

—Que no le vean darme los cien.

Lord King arrolló en el interior del billete de diez uno de cien.

—Me ha ganado, amigo. ¿Y vienen por aquí?

—A veces.

—Cincuenta más si entran y me los señala. Bastará que pase junto a uno de ellos y le pida fuego.

Lord King fue a ocupar una mesa de la entrada. Por las cristalerías vio a «*Baby*» sentada al volante del «*Auburn*»...

Soapy Bull se deslizó hacia la puertecita posterior de salida del «*Nokoris*». ¿Pedirle fuego a Jake Bush o a Dood Foxy? No. No lo haría. Le bastaba con los ciento quince dolares que había ganado en dos partidas de billar...

Podían relacionar la partida de billar con el elegante *dandy* que luego abordaría a Jake o a Dood, quién sabe con qué fin...

Lord King buscó con la mirada al individuo largo y flaco al que el confidente llamaba Bit, pero no lo encontró. Se había marchado del café.

Miró al resto de los concurrentes. Muchachas forzosamente alegres, parejas de novios hampones, jugadores de naipes, individuos de ceño duro, solitarios...

Su inspección ocular se detuvo al llegar hasta un individuo de unos cuarenta años, bien parecido, vistiendo un traje azul, cruzado, de severo corte... Esforzó su memoria, tratando de recordar dónde había visto antes a aquel individuo que se apoyaba en la barra del mostrador...

Pasaron minutos, un cuarto de hora, treinta minutos... Fijóse sin interés en una morena llamativa que, cantoneando los hombros, vino a situarse cerca del individuo del traje azul.

Venía acompañada por un sujeto de anchas espaldas y estrechas caderas que, con paso elástico, se acodó en la barra.

—Dos «mentas», «limpiavasos»... —ordenó el recién llegado.

La muchacha estaba entre los dos hombres acodados en la barra. Por el espejo colocado a espaldas del barman el individuo del traje azul fijó una mirada sonriente en el acompañante de la morena.

—Buenas noches, Jake. Vengo a devolverte los cincuenta y cinco dolares que me prestaste.

Jake Bush no hizo el menor ademán que demostrase su sorpresa. Tenía buenos nervios. Se limitó a cerrar un puño...

La morena miró al que acababa de hablar. Valoró su traje y su aspecto. Por la pronunciación, un inglés. Dinero y corrección...

—¿Amigo tuyo, Jake? —preguntó—. Buenas noches, amigo.

—Buenas noches, señorita —saludó cortésmente Talbot Durban.

—Lárgate —dijo Jake Bush, sin alzar la voz.

—Meg era más guapa y más sencilla, Jake.

Lizzy Farrell contoneó los hombros enojada.

—Y te quería, Jake. Además, era toda una señorita. No debiste dejarla.

El puño izquierdo de Jake Bush se proyectó lateralmente, y fue tan inesperada y rápida la agresión del brazo que pasó por delante del rostro de Lizzy Farrell, que Talbot Durban sintió tan sólo un violento impacto en su labio...

Dos alfilerazos se le clavaron en la pierna derecha... Lizzy Farrell ayudaba a taconazos...

El inglés percibió la desagradable impresión de un diente roto, y una bocanada de sangre le inundó la boca...

Había boxeado cuando era estudiante, y sintió que un mareo le invadía. Pero desvió con el brazo el segundo puñetazo de Jake Bush, ahora frente a él. Lanzó un directo, que falló. Levantó su rodilla izquierda, y Jake Bush, alcanzado en pleno estómago, se dobló hacia delante con un gemido de dolor.

Fríamente, Talbot Durban asestó un puñetazo de derecha en la ceja más cercana a su estómago, doblando con un izquierdazo en la oreja opuesta...

—¡Jake! —gritó Lizzy Farrell.

—¡Bush! ¡A pelear fuera! —exclamó un camarero, acudiendo velozmente.

La breve lucha había tenido la fugaz celeridad de unos fogonazos de magnesio. Jake Bush se incorporó tambaleándose, y, tambaleándose también, Talbot Durban se abrazó a él...

—En paz, Jake. Vámonos los dos juntos... sin escándalo —susurró— o la policía nos... Vámonos...

—Lárgate —murmuró Jake Bush en dirección a Lizzy Farrell.

Y enlazó por los hombros a Talbot Durban. Ambos se dirigieron, vacilantes, hacia la puerta.

—¿Puedo ayudarles, señores? Tengo el coche a la puerta... —invitó Lord King.

—Acepto —dijo Talbot Durban. Y, aplicando su boca tumefacta al oído de Jake Bush, añadió—: Por la calle, a pie, nos interrogarían...

«Baby» dio un chillido de asombro al ver salir a los dos hombres apoyados el uno en el otro, sangrando por la boca el uno, sangrando por la ceja y la oreja el otro.

Levantó Lord King el respaldo de la caja-asiento trasera del dos-plazas. Cubriéndose la boca con un pañuelo, sentóse Talbot Durban. A su lado, Jake Bush descendió sobre su rostro el sombrero de fieltro.

—¿Un médico, señores?... —preguntó Lord King, al volante, mientras «Baby», asustada, contemplaba a los dos hombres sentados tras ella.

—Soy médico —dijo sonriendo dificultosamente, el inglés—. Ya que es tan amable, caballero, ¿quiere pisar el acelerador? Se va reuniendo gente... Hacia el exterior, ¿quiere?

El «Auburn» arrancó, torciendo por varias callejuelas adyacentes, hasta enfilear la recta de Coney Island.

—¿Por qué me atizaste, Jake?... —preguntó Talbot Durban—. Me está doliendo la boca una atrocidad...

—Y tu rodillazo, ¿qué?... ¡Maldito seas!

—¿Remordimientos?... Porque Meg era mujer sencilla, y...

—¡Calla, «cortacarnes»! ¿Por qué me seguiste?

—No. Yo resido también en Nueva York, Jake.

Jake Bush hizo un guiño de aviso, pero su ceja partida le dolía.

Comprendió, sin embargo, el silencioso consejo de precaución su reciente contrincante.

—¿Podríamos detenernos en una droguería, señor? —interrogó Talbot Durban—. Un poco de cinta adhesiva, «Pental» y algodón...

—Hay un botiquín en el saco de la portezuela —dijo Lord King—. Medida de previsión para los casos de accidentes.

Hablaba sin volverse, pero por el espejo retrovisor estaba grabando en su mente los rasgos, algo deformados de Jake Bush...

«Baby», que no comprendía una sola palabra de nada, hurgó en el saco de la portezuela, de donde extrajo un estuche plano... ¿Se habían peleado contra Lord King aquellos dos? ¿Por qué ahora estaban como tres amigos?

—Gracias, señorita —dijo Talbot Durban, cogiendo el estuche.

El «Auburn» rodaba ya por el trecho de avenida que conducía a la carretera del Norte.

—¿Por qué nos ayudó? —preguntó Jake Bush hoscamente.

—A veces, señor, he peleado con un amigo, por culpa de copa de más o palabra de menos. Y me molestaba tener luego que andar con explicaciones a la policía y ver mi nombre en los periódicos. Hoy por usted, mañana por mí. Es víspera de Año Nuevo: Me llamo Lord King.

Talbot Durban se sobresaltó, pero, dominándose, extrajo del estuche un rollo de algodón. Restañó la sangre que manaba de la ceja partida de Jake Bush...

Silbó, sonriendo.

—Mal negocio, Jake. Te hacen falta dos «grapas» para que cierre. De momento, aguanta contra tu ceja el algodón. Está empapado en oxigenada y desinfectará. Mis nudillos están sucios.

Jake Bush gruñó algo inteligible, pero apoyó contra su ceja el algodón mojado, que se tiñó prontamente de rojo.

—¿Me permite su espejo, señorita? No puedo verme el labio.

«Baby» tendió su espejo de bolso, cada vez más desconcertada.

—¡Diablos! Tiene usted la boca como una salsa tomate...

Talbot Durban se examinó los resultados del puñetazo de Jake Bush. Silbó y el soplo le costó una contracción dolorosa de las cejas...

—También yo necesito dos «grapas»... Y me has partido el incisivo, Jake.

—No haberte metido a sermonearme...

—Yo iré a comprarlas —dijo Jake Bush—. Allí cerca del surtidor de gasolina está la «Parkers».

Lord King detuvo el coche ante el edificio solitario que se erguía junto al surtidor de gasolina.

—Cuatro grapas —recomendó Talbot Durban—. Y un tubo de cloramina.

Jake Bush entró en el compartimiento del edificio donde el escaparate anunciaba específicos.

—Tengo la sensación de que hemos sido presentados, señor... —dijo Lord King, continuando su afortunada investigación.

—No he tenido este honor... —dijo Talbot Durban entre dientes, porque el abrir del todo la boca le producía pinchazos.

Se levantó la pernera del pantalón, restañando la sangre de las erosiones producidas por los dos taconazos agudos de Lizzy Farrell. Y así, a la vez, podía ocultar su rostro.

—¿Médico e inglés? —dijo en voz alta Lord King.

Y como un relámpago acudió a su mente un nombre que los periódicos habían hecho famoso: Talbot Durban.

El hombre que había cometido la salvajada más inconcebible: cortar las dos manos y desfigurar a su mejor amigo... El jurado había calificado el acto criminal como «sadismo y psicosis», condenando a Talbot Durban a dieciocho años de presidio. En Alcatraz...

Y, pese a la boca hinchada, Lord King acababa también de reconocer a Talbot Durban. No por los retratos de los periódicos, siempre borrosos y de lejano parecido, sino porque varias veces le había visto en distintas reuniones, cuando Talbot Durban seguía siendo un médico afamado y respetable.

—Ahora recuerdo —dijo Lord King, volviéndose y sonriendo con su peculiar sonrisa infatuada—. En Inglaterra nuestro médico de cabecera era un caballero que se parecía a usted y hablaba como usted. Naturalmente, los ingleses hablan todos igual, y se nota más en Nueva York. Se llamaba Percy Ardival. Tarda su amigo, señor...

—Alexander Vernon —dijo Talbot Durban—. Cierto que tarda Jake.

—Vete a ver qué le ocurre, «Baby» —ordenó Lord King—. Puedo haber tenido un mareo...

«*Baby*» descendió del coche. Seguía, sin entender una palabra... Y estaba irritadísima. A ella le gustaban las cosas claras.

Regresó con un paquetito en la mano y aun más acentuada su expresión de desconcierto.

—¡Diablos! Su amigo se ha marchado, señor Vernon. Por otra puerta. Dejó pagado en el mostrador de la droguería este paquete...

Talbot Durban desenvolvió el paquete. Dos grapas y un tubo de cloramina. Había también una etiqueta: dos tibias bajo una calavera.

—Dice el dependiente que deba ser una broma de Nochevieja —siguió explicando «*Baby*», mientras se sentaba, junto a Lord King—. Porque su amigo pidió una etiqueta de las empleadas para los específicos peligrosos y la colocó dentro del paquete.

Lord King pisó el acelerador.

—Acepte mi hospitalidad, señor Vernon. En casa, dos copas de *brandy*, mientras usted mismo se opera, y este incidente entre amigos habrá terminado.

Mentalmente Lord King se dedicaba epítetos poco elogiosos. No debía, haber dejado, que Jake Bush descendiese del coche. Le habría bastado con enviar a «*Baby*», sin despertar sospechas, alegando...

—¿Por qué tiene interés en ayudarme, señor King? —preguntó el inglés.

—En recuerdo del médico de cabecera de mi familia. Y soy deportista. Adoro el *fair play*. Dos amigos que saben pegarse y saben olvidarlo, es espectáculo grato. Pero su amigo no debió abandonarnos.

—Sería, quizá, para no volver a pelearse conmigo, señor King.

«*Baby*» se cruzó de brazos y apretó los labios. No comprendía nada de nada..., y no quería dar rienda suelta a las palabrotas que en torrente le acudían a la garganta...

CAPÍTULO IV

Roy Cadger felicita la Nochevieja

Leatrice Dove sintió cierta nostalgia de soledad. Quizá influía en su sensación la tamizada luz rojiza de la pantalla que junto al diván donde estaba sentada desparramaba su luz sobre la revista humorística que estaba hojeando sin interés.

«Perdóname si no te invito a pasear, “Grumpy”, habíale dicho Lord King, al disponerse a salir en compañía de su sobrina».

«El señor me manda», había ella respondido disciplinadamente, como correspondía al ama de llaves «Grumpy». Pero «Grumpy», privadamente, era Leatrice Dove, y si ella hubiera podido hablar libremente, como mujer, su respuesta habría sido muy distinta.

—¿No se ha dado cuenta, Lord, que no sólo mi sobrina, sino yo, estamos enamoradas de usted? —pronunció, en voz alta.

«Demasiado ceremonioso», pensó. El reproche mutuo que se hacían tía y sobrina era uno solo y repetido.

«Hablas como un mayordomo con faldas, ¡diablos!», decía «Baby».

«Y tú, no como la secretaria que eres, sino como un “mozo de estación”, replicaba “Grumpy”».

—¡Lord!... ¿Eres ciego o horriblemente egoísta, que no quieres ver que «Baby» y yo nos perecemos por ti? —exclamó «Grumpy» en alta voz.

«Todavía es poco expresivo», se reprochó. Y pensando en «Baby», halló una fórmula semejante a la que «Baby» usaría:

—¡Estoy por tus huesos, Lord, y...!

Asustada, levantó las dos manos y la revista cayó al suelo. Sin

embargo, el individuo que acababa de surgir misteriosamente en el umbral del saloncito nada tenía de imponente.

Rechoncho y vestido pulcramente, el intruso semejaba para los que no conocían su privada actividad un cajero de banco, un gerente de ventas, cualquier empleo rutinario donde no se requirieran grandes dotes de iniciativa cerebral.

Sólo sus ojillos penetrantes tenían cierta viveza paradójica en el rostro de luna llena.

Leatrice Dove recuperó la sangre fría.

—¿Quién es usted y cómo ha entrado?

—Soy Roy Cadger y he entrado por la puerta.

Roy Cadger seguía con las dos manos en los bolsillos y calado el sombrero. Miraba a Leatrice como a un mueble más...

«Grumpy» empezó a sentirse intranquila. Avanzó una mano hacia el teléfono cercano a ella. La mano temblaba.

—Voy... voy a llamar a la policía —anunció majestuosamente.

—Llámeme a mí, y bastará. ¿Puedo sentarme con su permiso?

—¿Quién es usted? —Y febrilmente rodó «Grumpy» unos números en el disco del aparato.

—Ni un beodo, ni un ladrón. Soy Roy Cadger. ¿No basta? —Y el rechoncho individuo se sentó en un sillón frente al diván, pero antes lo ladeó para observar la puerta—. Roy Cadger, detective artístico, cerebro de clase superior, superanalítico. Pregúntele al sargento de guardia quién es Roy Cadger, y si no sabe quién soy, le haré destituir.

«Un loco», pensó «Grumpy», sintiendo aumentar su pánico. Afirmó la voz, preguntando en el auricular:

—¿Comisaría Park?

—¡Traiga! —ordenó Roy Cadger, y arrebató de manos del ama de llaves el aparato—. ¿Quién está al habla? —vociferó.

—¡Eso es lo qué pregunto! —rezongó el auricular—. Para bromas de Nochevieja no...

—¡Cállese, muchacho!... Habla Roy Cadger. ¿No reconoce mi voz?

—Habló antes una mujer...

—¡Y ahora hablo yo! ¿Quién es usted?

—Sargento Flanagan... Liam Flanagan. Decliné su identidad.

—Matrícula doscientas, ¿no? Irlandés gruñón...

—Buenas noches, señor —replicó respetuosamente el auricular —. ¿Desea algo, señor?

—Cuéntele a la señorita que antes habló quién soy yo —y olímpicamente Roy Cadger tendió el teléfono a Leatrice Dove.

El auricular ganeó a oídos del ama de llaves:

—Capitán Roy Cadger, investigador privado, plantilla honoraria, con atribuciones estatales de plena autoridad y asimilado en grado y función a capitán del Cuerpo de Investigación Criminal.

—Gracias, sargento... —murmuró «Grumpy», colocando el aparato en la horquilla.

Roy Cadger reconoció mentalmente que si Lord King había elegido una secretaria, clásica plasmación en las revistas cinematográficas de las «bebé-vampiresas», había también sabido elegir un contraste femenino en la opulenta figura de la hermosa ama de llaves.

—¿Puedo indagar los motivos de su visita, señor Cadger? —demandó Leatrice Dove con su depurado estilo habitual.

—El que indaga, generalmente, soy yo. Uno de los motivos por el que me hallo aquí es felicitar la Nochevieja al peligroso, aburrido vital, llamado Lord King. Es su patrón, ¿no?

—El señor King me honra con su confianza. Y perdóneme, señor Cadger, si le manifiesto que respeto sobremanera las autoridades de mi ciudad, pero al estar de visita no creo que el reglamento de los investigadores les obligue a conservar el sombrero puesto...

—Un detective que se quita el sombrero es un detective con una sola mano. En otras palabras, la otra mano está ocupada cuando puedo necesitar de las dos. Yo no soy un detective corriente, dinámico y truculento. Pero me obliga el cargo a llevar pistola. Me descubro ante usted.

Y Roy Cadger, enfáticamente, se quitó el sombrero, que encasquetó en una de sus redondas rodillas, deformándolo.

—¿Su visita es particular, señor Cadger, u oficial? Perdóneme la indiscreción.

—¡Diablos!, que diría una conocida mía. Posee usted toda la finura de que carece *Miss Joan Telma*.

—Es mi sobrina.

—Ya sé. Secretaria de Lord King. Y usted se llama Leatrice Dove, treinta y cuatro años, nacida en el 775 de la Treinta y Seis,

actualmente ama de llaves de Lord King, últimamente empleada de los «Grandes Almacenes» de la Veintidós, y que enviudó hace diez años de un honesto marino mercante. No me mire como si tuviera conejos escondidos en el sombrero. Siempre me entero de quiénes son las personas que vengo a visitar. No creí encontrarla en casa. Por eso me abrí personalmente, usando una de las llaves-ganzúa especiales que me suministra cierto departamento especial también que yo he organizado. Se compone de varios maleantes hábiles en todas las triquiñuelas que no quieren emplear los policías ordinarios.

Leatrice Dove había oído hablar a su sobrina de Roy Cadger. «El sapo seboso más exasperante que nunca me he visto ante las narices, ¡diablos!»^[1].

—El señor King salió a celebrar la Nochevieja.

—¿Acompañado de su secretaria?

—Mi sobrina me advirtió que era usted propenso a suponer ofensivas inexistencias.

—¡Qué frase más delicada! —se extasió Roy Cadger—. ¿No dijo que no me conocía?

—He relacionado luego su apellido y su cargo con ciertas explicaciones que mi sobrina me dio de regreso del «Montdor». Un caso en que creo intervino usted.

—Me maravilla la pureza depurada de sus frases. ¿Por qué no le da algunas clases de depuración lingüística a su sobrina? Bueno, también quizá a mí me harían falta. Me acusan de grosero y divagante. Divago porque en cada una de mis palabras hay algo relacionado con mis intenciones. Yo juego limpio; muestro siempre los *ases*. No hago como mis colegas, que se reservan los triunfos en la manga. Pero el mundo está desquiciado. Nadie atiende a la lógica. Lllaman loco al sensato. Tienen pena del bohemio, que es el único que está a tono con esta década estrepitosamente alocada. El planeta entero es ahora un fantástico melodrama del peor gusto. Somos la «generación perdida», e íntimamente estamos disconformes con nuestro vivir, si es que tenemos sesos, y yo los, tengo de primera categoría. El egoísmo, la falta de horizontes, el sensualismo que no satisface plenamente y las tendencias esquizofrénicas son las culpables de cuanto ocurre. ¡Bravo, bravo!

«Grumpy» arqueó tenuemente las cejas, sonriendo irónicamente.

—Soy escasamente culta, señor Cadger. Debo, pues, también calificar de divagaciones sus palabras, asimismo como la frase de «peligroso aburrido vital» con la que calificó al señor King.

—Todas mis palabras tienen fondo, y, cuando la resaca viene, se encajan las unas en las otras. Si le hablé del planeta es porque Lord King es uno de sus habitantes, y es peligroso porque se aburre y su vida es vacua. Por eso busca emociones fuera del sendero normal. Óigame, Miss Dove. ¿Ha de tardar mucho el señor King?

—Puede regresar a la madrugada.

—Bien. Entreténgase leyendo esto, mientras.

De su bolsillo extrajo Cadger unos recortes pegados en cartulina. Eran columnas de periódico, pero mutiladas.

«Grumpy» las sabía de memoria, pero fingió leer.

—La número uno, marcada al lápiz rojo, es del *Herald* del 2 de diciembre. La dos, cinco días después. La tres, del 14. La cuatro, del 27. Escasamente hace cuatro días. Lea en voz alta, si tiene la amabilidad. Me refrescará la materia gris.

—Son párrafos sin hilación, señor Cadger, por lo que veo.

—No importa. Yo los coso mentalmente.

Leyó Leatrice en voz alta:

«EXTRAÑO ASALTO EN LA JOYERÍA CARLSTON

«El autor o autores dejan impresa en la caja fuerte, escrita con tiza, la palabra “Audax”».

«La joyería Carlston es bien conocida como particular centro de reunión de los amantes de antigüedades y joyas montadas al estilo arcaico, que...».

—Está cortado, señor Cadger.

—No se preocupe. Siga. Yo lo entiendo... y usted también.

«... la caja fuerte era de especial constitución. No fue forzada, sino abierta expertamente. Sin la menor huella que...»

—Está cortado, ya lo sé. Lea la columna dos.

«AUDAX», REPITE

«Deja su firma en el domicilio de los señores Alvin.

»... indudable. El edificio no podía ser visitado de noche sin despertar alarma. Sin embargo, se ha comprobado que ninguna complicidad interior pudo permitir el acceso al ladrón. Los timbres de aviso fueron desconectados desde el interior. La policía supone que el misterioso ladrón de guante blanco llamado “Audax” debe ser un hábil escalador de fachadas que...».

—Pasemos a la columna tres.

—No entiendo, señor Cadger, de qué utilidad son para mí...

—Para entretener la espera.

«NUEVO Y SENSACIONAL ROBO DE “AUDAX”».

«Necesariamente debe operar ayudado por un cómplice.

»La opinión pública está ya disgustada ante la inepticia de nuestra policía, que es incapaz de poner coto a la insolente bravata de un ladrón que firma sus delitos con la palabra “Audax” y que, además...».

«... las yemas de sus dedos deben ser excepcionalmente sutiles, porque...»

—¿Leo también la columna cuatro, señor Cadger? Eso no me interesa.

—Parece como si intentara dominar el temblor de su voz, Miss Dove. Será imaginación mía. Lea la columna marcada cuatro, porque es la más interesante. No se la pierda... aunque la sepa ya de memoria.

—¿Qué insinúa usted? —dijo ella, irguiéndose.

—Igual que todos y todas —dijo Roy Cadger por respuesta y como si la bella ama de llaves le defraudara—. «¿Qué insinúa usted?», me dicen cuando les disparo con tino. Vamos a lo nuestro. Lea.

—No veo la razón por la que tenga que obedecer tal orden.

—Bueno, leeré yo. Traiga acá los papeluchos.

Las cartulinas entregadas a su dueño por «Grumpy» fueron a parar al bolsillo del detective, quien recitó:

«AUDAX» DE LADRÓN SE CONVIERTE EN ASESINO

«Colma ya la medida las sucesivas actuaciones del desconocido maleante que, si hasta ahora se limitó a robar, acaba de firmar un doble asesinato en las personas de...»

«... certerísimos. Un balazo en el corazón. Otro en el cerebro. Dos víctimas de “Audax”. La señora Yeoward vestía al ser hallado su cadáver...».

«... pedimos la movilización de toda nuestra policía si es preciso para...»

Roy Cadger enmudeció y sus dedos gordezuelos hicieron el gesto peculiar de la mujer qué cose.

—Enhebre los hilos, Miss Dove. Coloque en su lugar cada trocito cuadrado del rompecabezas. ¿Quién es «Audax»? ¿Usted lo sabe? No, ¿verdad? Al menos eso me contestará. Yo le digo que «Audax» se merecía mis simpatías mientras fue un ladrón elegante... antes del mes de diciembre. Pero en este mes final del año, ya no me es simpático. ¿Por qué le cuento todo eso, si usted no sabe quién es «Audax» ni le importa un rábano? Para que no se mueva cuando entre Lord King.



—*¡Maldito gordo!*

—No lo comprendo, y es disgustante su proceder, señor Cadger.

—También me dicen esto, aunque con más energía y menos modales.

Leatrice Dove, íntimamente era un caos de temores y tristeza. Pero fue con, además indiferente que recogió del suelo la revista humorística.

—Hay aquí un chiste que le encaja, señor Cadger. ¿Se lo leo, ya que es tan aficionado a que le lean incongruencias?

—Hágame el favor de continuar su exhibición de elegante amabilidad mundana que me apabulla.

—El chiste representa a un caballero con pipa, traje a cuadros y una vaga semblanza con Sherlock Holmes. Habla con su ayudante, y a espaldas de ellos hay un hombre tendido en el suelo. Dice el detective: «Como la víctima no presenta ninguna lesión, le daremos un garrotazo en la cabeza para tener una pista».

«Grumpy» miró al detective, que se dignó sonreír condescendiente.

—Ahora es usted la que insinúa, Miss Dove. Quiere significarme

que no sabiendo, por dónde me ando, voy de casa en casa buscando a «Audaz». No hay tal. Vine directamente aquí, no acudí el día 28 porque estaba en Filadelfia, y sólo he regresado a media tarde.

«Grumpy» parpadeó porque Roy Cadger colocaba sobre la mesita que les separaba una pequeña pistola automática. Acaba de oírse el inconfundible giro de una llave en un cerrojo.

—Puedes acompañar al caballero al cuarto de baño, «Baby», y allí... Buenas noches, señor Cadger... —Y Lord King se detuvo junto al diván del segundo saloncito.

—¡Diablos!... ¡El maldito!... Bien, buenas noches, señor Cadger —saludó «Baby», interiormente asustada.

Talbot Durban mantenía un pañuelo ostensiblemente desplegado ante su rostro.

—Acompaña al señor Vernon al cuarto de baño, «Grumpy». Le rocé con el coche...

Lord King se sentó en el diván que acaba de abandonar «Grumpy» llevando del brazo al médico inglés.

—Feliz Año Nuevo, señor Cadger.

—No sé si la silla eléctrica le parecerá un feliz Año Nuevo, King, cuando se siente en ella.

La respuesta de Roy Cadger acabó de soliviantar los nervios tensos de Joan Telma. Cogió rápidamente la pistola colocada encima de la mesita y apuntó al detective.

—¡Maldito gordo! —gritó, exasperada—. Yo le voy a...

—¡Joan! —exclamó Lord King secamente—. Tira al suelo la pistola. Y perdóname si te llamo idiota...

—Déjela, King. Es un arrebató de amor... No apriete el gatillo, «Baby». La pistola está descargada. Pruebe, a ver si miento.

«Baby» echó la pistola al regazo del detective, y se dejó caer junto a Lord King. Intentó sonreír...

—Era una broma de Nochevieja, Cadger. Igual como sus palabras, citando la silla eléctrica. ¡Diablos!... Vaya manera de felicitar...

Roy Cadger hizo saltar en la palma de su mano el cargador que acababa de extraer de la pistola.

—Siete balas. Pero... la cómplice de «Audax» no puede ser, por más que se esfuerce, capaz de matar a alguien.

—Ha sido un error, Cadger —dijo sonriente Lord King—. Los

nervios femeninos son capaces de actos ajenos a su voluntad.

—Los nervios femeninos no son los mejores para atinar aunque disparen un cargador entero... —dijo Cadger mientras colocaba de nuevo el cargador en la pistola—. ¿Qué tal tira usted, King?

—No lo hago mal. En el tiro al pichón gano premio. Y en los campeonatos de pistola he logrado algunas veces el segundo lugar.

—¿Escalar varios pisos sirviéndose de las infractuosiades del liso muro le parece un deporte peligroso y emocionante?

—No está mal.

—Tiene usted unos dedos perfectamente manicurados. Maneja figurillas delicadas, cómo técnico en antigüedades que es. Las yemas de sus dedos deben tener sensibilidad.

—La suficiente para distinguir a ojos cerrados entre una naranja y una manzana —sonrió Lord King.

—Su secretaria está callada.

—¡Porque si hablase, pues...! Bueno, me callo, patrón. Sigam ustedes con su torneo de agudezas y cuchufletas.

—Ha sumado usted una víctima, King.

—¿Víctima?

—El caballero del pañuelo sangrante que ha entrado en el cuarto de baño con su ama de llaves.

—Le rocé con mi coche. Nada de importancia.

—La señora Yeoward, si pudiese hablar, nos diría que el balazo en el corazón tenía importancia. Asimismo como su esposo, cuyo cerebro quedó parado por otro balazo certero.

—¿Cartas sobre la mesa, Cadger? —dijo duramente Lord King, aunque seguía sonriendo.

—Yo las pondré sin su ayuda, King.

—¿Me haces el favor de acompañar a tu tía, «Baby»? Sin rechistar.

—Está bien, patrón. Pero yo a ese...

—Tu tía te está esperando —dijo Lord King con acerada voz.

«Baby» se puso en pie nerviosamente y corriendo se fue al cuarto de baño. No lo suficiente para que no se oyera su primer sollozo...

—Ellas dos pueden escaparse, si quieren. No pienso detenerlas por el delito de que estén enamoradas de usted.

—Si «Baby» le oyera, Cadger, creo que correría usted peligro. En cuanto a «Grumpy», es demasiado cortés. ¿A quién piensa detener,

Cadger?

—A «Audax». Se lo advertí, King, cuando regresábamos de la clínica del doctor Reylan. Al primer crimen que cometiera «Audax», yo vendría a desenmascararlo.

—Hágalo, pues.

—Basta ya, de palabreo —y por vez primera se vio en Roy Cadger al hombre que merecía su cargo de capitán. Sostenía, su pistola sin fuerza, pero en sus ojillos se leía la absoluta decisión de emplearla.

—He dicho qué lo haga, Cadger, si piensa, detener al «Audax» anterior al mes de diciembre.

—Éste me merecía una cordial ignorancia voluntaria. He venido a ponerle las esposas al «Audax» de diciembre.

—Siento, entonces, decepcionarle, Cadger. Yo ando también tras la pista del que busca equivocadamente en mi piso.

—¿«Audax» contra «Audax»? —sonrió sin humor el detective.

—Exacto. Los cuatro últimos delitos de «Audax» nada tienen que ver con Lord King —dijo Lord King—. Puedo demostrárselo fácilmente. La noche del 1 de diciembre robaron en la joyería Carlston entre una y dos de la madrugada. Me encontraba yo en cama.

—¿Lo atestiguan su secretaria y su ama de llaves? No sirve.

—La noche del 6 de diciembre no podía yo estar en la casa de los señores Alvin porque me encontraba de excursión con...

—Con su secretaria. No sirve como coartada. No las empleo ante el jurado porque la pobre chica iría a la cárcel de mujeres. Y me molestaría.

—Cuando mataron a los esposos Yeoward... En fin, ¿para qué? Es inútil que le diga que «Baby», su tía y yo estábamos cenando en el «Alsdorff».

—Sí. Es inútil. Porque una cena con bailoteo, habiendo en la puerta un «Auburn» rápido, no sirve de coartada. Hay algo en todo esto que me extraña, King.

—Lo celebro, Cadger. Yo tengo un buen concepto de su inteligencia, y si me detuviera iba usted, quizá, a cometer un error judicial a medias. Yo pagaría ciertos delitos, pero cargaría también por delitos que no he cometido. Usted me dijo qué era un artista, de la investigación. Yo lo soy en artes. Artista de las artes. Prefiero la

emoción que me produce una falsificación cuando la descubro, que afirmar sin esfuerzo que la copia es legítima.

—¿Pretende que alguien usurpa su elegante firma?

—¿Qué es lo que le extraña en todo esto?

—Usted se aburre, King. Es rico, pero busca emociones en el campo del delito. Pero hay dos disparos inútiles. Se vio obligado a disparar contra los esposos Yeoward cuando le sorprendieron in fraganti. Pero quien posee, una puntería que, por ser doble en su mortandad, no es casual, puede inutilizar sin necesidad de matar. Un *gángster* profesional mata porque es para él un placer especial. Usted... no debería reaccionar así, pero permítame que divague. En años pasados, me atenía yo más a las reacciones normales. Pero hoy en día el terror ha desmoralizado a la humanidad. La otra noche oí risas mientras leían el descubrimiento efectuado en Viena de una carnicería que sólo vendía carne procedente de reses humanas. Sí; el negocio ese en que el carnicero, confabulado con varios ex combatientes, vendía a altos precios carne humana; y los oyentes del que leía el periódico reían. En otros tiempos los oyentes se hubieran estremecido de horror. Hoy, en que estamos a merced de que un sabio se equivoque en su laboratorio, y en su distracción tire por la ventana una atómica creyendo que es su colilla, nadie le da valor a lo que antes tenía valor. ¿Sigo divagando?

—Usted es muy dueño.

—Si realmente se sintiera culpable, habría permitido que su secretaria intentase eliminarme. Pero estamos hoy todos tan locos, que ya no sé a qué atenerme. Escuche, King. Quiero darle una prueba de mi benevolencia hacia el «Audax» que conocí en la clínica del doctor Reylan. Colóquese en mi lugar. ¿Qué haría?

—Intentar averiguar las actividades de Jake Bush y Dood Foxy.

CAPÍTULO V

Blasones y talegas

Meg Terry no sabía llorar, Cuanto más lejos se remontaba en su memoria, la película cerebral de su pasado de niña la mostraba harapienta y tundida a golpes por un padre ebrio y una madre agriada... Pero nunca había llorado. Tan sólo algunas veces, cuando volvía de la tahona sintiendo contra su estrechó pecho de niña mal alimentada el calor del pan, notaba en el espacio entibiado por el pan una cierta desazón rara que ponía en su garganta un nudo inexplicable.

Y ahora, sentada en la cama de su habitación, sentía desde más de una hora la misma desazón que cuando niña ella interpretaba como abandono, nostalgia de cariño, ansia de palabras buenas...

Se iluminaron sus ojos de luz de alma cuando percibió los para ella tan peculiares pasos de Jake Bush. Elásticos, ágiles, casi ingravidos, pero dotados de cierta sonoridad, porque Jake Bush pesaba ochenta kilos musculados...

Jake Bush entró en la alcoba que Meg Terry ocupaba en el último piso del «Hotel de París», cuya norma gerencial era admitir como buenos todos los Smith que se inscribían en el libro-registro.

Meg Terry se levantó con serena actitud, aunque sobresaltada.

—¿Has peleado, Jake? ¿Te persigue la policía?

—Trae agua limpia y caliente, Meg.

Mientras el «escalador» se empapaba la ceja y la oreja con algodones que mojaba en una palangana humeante, Meg frotaba con un trapo también mojado en agua caliente las manchas de sangre de la americana que su novio acababa de quitarse.

Por espacio de varios minutos ambos guardaron silencio.

—Me fui con Lizzy porque me hartas, Meg.

—Era Nochevieja, Jake. Y... ¿por qué Lizzy? Cualquiera otra que yo no conociese.

—El «cortacarnes» me hizo estos cortes. El inglés que llevamos en el coche cuando levanté el vuelo.

—Tenía que estarte agradecido y...

—Me reprochó que estuviera con Lizzy. Dijo que tú eras sencilla y buena y que me querías. Le pegué en la boca.

—Bien hecho. Él no debía meterse en lo que tú haces.

—Eso es —afirmó, convencido, Jake Bush—. Pero el maldito inglés no es manco. Me pegó un rodillazo y dos puñetazos. Luego tuvo cuidado de que no continuara el jaleo, para evitar que la policía interviniera. Aceptó la ayuda de un petimetre gomoso, que en su coche nos llevó a la droguería «Parkers». Allí levanté el vuelo.

Cogió entre el índice y el pulgar una de las grapas.

—Esto me va a doler, ¡maldito sea el inglés! Pero dijo que debía ponerme estos pinchos en los bordes de la herida, ¿sabes?

—No; pero intentaré. Será para que se junten los dos labios del corte.

Jake Bush la besó en los labios.

—No debiste citarlos. Anda, procura no pincharme mucho.

Soltó Bush varias palabrotas antes de que las dos grapas quedaran hincadas en la herida con bastante destreza.

—¿Para qué te siguió el inglés?

—No creo que viniera por mí. Él también huye. Creo que tenía que matar a algún tipo que le hizo alguna perrería, porque él me parece honrado y... ¿Quién te telefona? —Gruñó, malhumorado.

—No sé quién puede ser —dijo ella, descolgando—. ¿Quién? Hola, Bit.

Tendió el aparato a Jake Bush, que lo cogió acentuando su malhumor.

—¿Qué pasa, asesino? —No le perdonaba a Bit Bunker el haber matado a los esposos Yeoward—. ¿Por qué me llamas?

—Soapy Bull está en mi cuarto. Atado a la silla. Pienso liquidarlo.

—Un cerdo matando a otro cerdo es lo adecuado. ¿Y qué? ¿A mí qué, con tus caprichos?

—Soapy estuvo hablando con un pisaverde elegantísimo que le dio cien dólares. Pretende que fue por una partida de billar. Soapy es un soplón, y yo, desde el mostrador, vi como sus labios dibujaban unas palabras que me sonaron a tus nombres y de Dood Foxy. Pronúncialos y verás como para ello hay que poner los labios en...

—Me lo contarás luego. Vengo —y Jake Bush colgó.

Meg Terry cogió la americana, y, mientras Jake Bush se la colocaba, descolgó una gabardina del armario ropero.

—¿Te acompaño, Jake?

—No. Duerme.

Meg Terry sentóse en la cama. De nuevo sentía la extraña sensación que le dificultaba la respiración en su garganta.

Jake Bush, ya en la puerta, dijo, sin volverse:

—No deberías venir..., pero es Nochevieja. Anda, coge tu abrigo. Iremos a ver qué les ocurre a Bit Bunker y Soapy Bull.

* * *

Soapy Bull lloriqueaba lastimosamente, mirándose la pechera de la sucia camisa empapada en sangre. El puñetazo en la nariz era el golpe favorito de Bit Bunker. Producía mucha aparatosidad y no quitaba el sentido a los que eran «preguntados».

—¿Has oído lo que le he dicho a Jake Bush? Va a venir. Y si no me soplas como amigo lo que le dijiste al que cogió mi taco, él te soplará varios tiros. Que no se anda con escrúpulos como yo.

—Pero... si ya sabes que yo no hice más que aceptar una apuesta...

El nuevo puñetazo en la nariz de Soapy le hizo gimotear y enmudecer.

—Jugasteis una sola partida. Él dijo diez dólares. Y te he encontrado cien en el bolsillo.

—Yo..., ahorros que...

—¡Pringoso! El día que tú ahorres, yo seré nombrado vicepresidente de los Estados. ¿Vas a contarme la verdad?

—¡No puedo inventar para, complacerte!... No, no me pegues, Bit. Me haces daño.

—Te pegó para hacerte bien, testarudo.

El puñetazo de Bit Bunker sobrepasó los límites de resistencia de

Soapy Bull, quien quedó inerte atado a la silla y colgante la cabeza. Bit Bunker se dirigió al otro extremo de la habitación y se sirvió un vaso de ron.

Meditaba que, fuera cual fuese el resultado del interrogatorio, tendría que matar a Soapy, porque el rencoroso confidente podría delatar a la policía que el evadido Bit Bunker estaba...

—Hola, Jake. ¿Eres tú? —preguntó, al oír en la puerta dos golpes espaciados y dos punterazos en la parte inferior del portante.

—Abre, asesino.

Entraron Meg Terry y Jake Bush. Bit Bunker frunció el ceño.

—No me gusta que me llames asesino, Jake.

—Te aguantas. Llamarte obispo sería mentir.

—Mi nombre es Bit y mi apellido Bunker.

—No he venido para oír tonterías, asesino.

Jake Bush aproximóse, al maleante atado a la silla y que empezaba a dar muestras de volver en sí.

La ceja hinchada y cubierta de esparadrapo, el ojo semicerrado y la oreja amoratada no contribuían a dar a la fisonomía de Jake Bush un aspecto tranquilizador.

Soapy Bull dirigió una medrosa mirada circular que abarcaba a Bit Bunker, en pie, tras Jake Bush, y a Meg Terry, que, hundidas las manos en los bolsillos de su chaqueta sastre, observaba atentamente al pistolero en pie tras su novio.

—Parece que tus narices necesitan también un par de pinchos —comentó Jake Bush con seca entonación.

—Me pegó... —dijo Soapy Bull, mirando a Bit Bunker.

—Yo te mataré —le tranquilizó Jake Bush—. Detesto a los soplones.

—¡No dije nada importante! —bramó Soapy Bull, sacando fuerzas de flaqueza—. El gomoso me preguntó quién podía abrir mejor un cofre y quién, podía trepar por una pared, y sólo dije dos nombres: el tuyo y el de Foxy.

—¿Qué más dijiste?

—Nada más. Lo juro por todo lo que se puede jurar. Me tentó con cien dolares. Creí que era un amigo vuestro...

—Hasta ahora ibas bien, cerdo. No empieces a mentir. ¿Cómo se llama el tipo ese?

—No sé. Pero si le viera enseguida le reconocería. Frente ancha,

ojos azules, sonríe tontamente, tiene cara de esos que tocan el piano en las salas donde la butaca vale una semana de pitanza —explicó Bit Bunker gráficamente.

Giróse Jake Bush.

—¿Vestía *frac*, sombrero de copa, guante blanco y llevaba un bastón negro de puño blanco? —preguntó.

—¡Ése es!... —aprobó Bit Bunker—. ¿Le viste?

—Me llevó en su coche. Levanté el vuelo y seguirá buscándome.

—¡No era de la policía! —aclaró Soapy Bull, deseoso de informar plenamente.

Bit Bunker no hizo más que un ademán. Doblar el codo derecho...

Soapy Bull se dobló por la cintura, saltando como un pelele sujeto a un pivote que era la silla. Los tres balazos le mataron instantáneamente.

—Nos hubiera delatado —dijo Bunker, aureolado por el humo de la pólvora. Sus labios temblaban, brillantes los ojos.

—Te cuidarás del entierro, asesino. Vámonos, Meg.

Jake Bush no dio vuelta, sino que salió andando hacia atrás y mirando con fijeza a Bit Bunker.

En la calle, Meg Terry enlazó su brazo al de su novio. Guardaron ambos silencio mientras andaban por entre la bulliciosa muchedumbre.

—No he cenado aún, Jake.

—Después. Ahora vamos a visitar al «Viejo».

—He pensado algunas noches que en el Canadá podríamos trabajar tú y yo.

—¿De día no piensas en ello?

—No te burles de Jake. Tengo miedo. Cuando un hombre te mira con detenimiento creo siempre que te van a coger.

—Procuraré que no lo consigan.

—Si lo hicieran, yo te aguardaría, Jake. No te pueden condenar por los dos crímenes que cometió Bunker.

—Soy el cómplice. Aunque él disparó sin yo darme cuenta, pero yo abrí la puerta y le facilité la entrada.

En una callejuela donde abundaban los mercaderes ambulantes, y las tiendas de ocasión, Jake Bush y Meg Terry se detuvieron ante un escaparate.

Tras los cristales veíanse rectángulos de papel escritos con letra afiligranada:

«QUIZA SUS ANTEPASADOS
VINIERON EN EL MAYFLOWER
Intente averiguar si hay sangre azul
en su familia
Árboles genealógicos»

En una esquina del cristal, con letras azules, leíase:

«Ike Slavey»

No había luz en el interior. La pareja recorrió la callejuela hasta doblar una esquina y entrar en otra semejante pero menos concurrida.

—El señor Slavey nos dijo que no fuéramos a verle si no nos llamaba.

Jake Bush cogió rudamente por un hombro a Meg Terry. Durante unos momentos apretó reciamente, mientras en silencio ambos se miraban.

—Escucha, Meg, y no lo olvides. Tú y yo somos dos residuos despreciados por la gente honrada. Nos hemos juntado porque así nos muerde menos el frío de la vida. Nadie es «señor» porque nadie nos ha tendido una mano, Ike Slavey es un cerdo que ayudó a que nos escapáramos para explotarnos. Todo el mundo explota a todo el mundo. No te he pegado nunca, porque, como yo, eres una infeliz. Pero si vuelves a llamar «señor» al «Viejo», te abofetearé.

La separó bruscamente hacia atrás y, acercándose a una puerta alta y estrecha, le propinó varios puntapiés.

Al cabo de un instante, en una ventana superior asomó una cabeza cubierta por un gorriño redondo.

—Se han equivocado, jóvenes —dijo Ike Slavey—. Esto es una tienda de antigüedades y heráldica que...

—Cierra el pico, cuervo judío. Soy Jake y necesito hablarte.

—No son horas.

—Están tras tu pista, judío.

La ventana se cerró apresuradamente, y poco después abríase la

puerta. Entraron los dos, llegando hasta el despacho de la trastienda.

Ike Slavey cerró la puerta y vino a sentarse tras la mesa, aplicando en su oreja el pabellón de la mano.

—¿Con quién has peleado, Jake?... Vienes de mal humor.

—Es Nochevieja... y los demás cenan con champán y le dan dinero a la portera. Ponen la radio y bailan. —Jake Bush pegó un puñetazo en la mesa—. Y yo tengo que bailarte el agua a ti, judío.

—Estás de mal temple, Jake. ¿Qué ha pasado?

—Bit Bunker acaba de «cargarse» a Soapy Bull. Presumes de inteligente, ¿verdad, judío? Eres un imbécil.

—Tengo paciencia, Jake. Explícate.

—No debiste contar con Bit Bunker. Es un asesino, y los cuatro pagaremos con la silla su afán de darle al gatillo.

—¿Los cuatro? Tienes los nervios alterados, Jake. ¿Miedo?

La mano de Jake Bush se proyectó hacia delante, asiendo por el cuello de su levita al viejo. Lo zarandeó, echándole hacia atrás...

—¡Bah! No quiero sacudirte porque te iban a saltar los huesos, carcamal. Vengo a felicitarte la Nochevieja. Un tipo elegante le ha sonsacado a Soapy mi nombre y el de Dood. Le preguntó quién podía reventar un cofre y escalar muros. Soapy cantó mi nombre y el de Foxy.

—Y esto ¿qué significa?

—Tú sabrás. Eres el tipo inteligente.

—¿Era policía?

—Un pisaverde de *frac*. Un maniquí de ojos azules, sonrisa de bobo de tripa llena, cara guapa de niño rico. Le vi y lo reconocería.

Ike Slavey se levantó y por espacio de unos momentos estuvo buscando entre varios legajos de un estante. Abrió una revista.

Mundo de Arte decía el título de la portada.

Colocó ante los ojos de Jake Bush la revista doblada por una plana en la que se veía la fotografía de un hombre tocando con una varita un jarro de fino modelado.

«El conocido diletante señor King en su conferencia acerca del período etrusco».

—Sí. Es ése. Vino sin la varita y el cacharro.

—Te conozco bien, Jake. Confío en ti porque eres leal, y cuando empeñas tu palabra, cumples.

—¿A qué viene ese jabón?

—Ese caballero es el verdadero «Audax».

—¿Cómo lo sabes?

—Le vendió a Gromynka unas joyas^[2]. Y Gromynka le reconoció, pese al antifaz. Me lo contó, porque somos primos y no hay secretos entre nosotros. Desde entonces medité el plan que vosotros habéis realizado. Era excelente, porque las culpas las cargaría Lord King y vosotros quedaríais libres de toda sospecha.

—Y tú también. Ahora ese King se ha olido el asunto. Y hará bien si nos liquida a los cuatro, uno tras otro. Aprovecharse de la personalidad de otro es propio de cerdos.

—Tienes unos escrúpulos extraños, Jake. Casi de hombre honrado.

—Soy un ladrón. Si no hubiera tipos como tú y todo el mundo no explotase a todo el mundo, yo quizá no sería un ladrón. Y esta noche bailarías, cenando con champán, y Meg, con un delantal blanco, me traería un pastel... ¡Idioteces!

—Creo que eres un sentimental, Jake. Se te pasará. Ahora debemos pensar en arreglar ese asunto. Escucha. Pienso algo que lo arreglará todo. Te daré la dirección de Lord King.

—A mí, no. Él me conoce, y o me dispararía o yo le tumbaría. Ambos saldríamos perdiendo.

Ike Slavey frotóse las manos despaciosamente. Su maligna mirada verde se posó en el duro semblante del «escalador».

—Contigo no hay nunca engaño, Jake. Hablas claro. Pienso que podré atraer a mi tienda a Lord King.

—¿Con Bit Bunker y su pistola aguardando?

—No, no. Lo dejaremos sin sentido en el lugar donde cometáis el último trabajo. Y allá él que se las explique cuando, a mi telefonazo, la policía acuda y le ponga las esposas.

—De los cerdos más cerdos, tú eres el primer premio, Slavey. No cuentas conmigo para esta faena. Vámonos, Meg.

—Te comprometiste, Jake —recordó el judío—. Hay que estar a las verdes y a las maduras. Hay un código al cual no puedes faltar. La ley del hampa, que tiene más honradez que la ley social.

—Cuentos con los que siempre me han engatusado. Los honrados te escupirían, y la ley social te colocará en la silla de los «calambres». Vámonos, Meg.

Ella se acercó a la puerta. Jake Bush siguió tras ella.

—Que tengas suerte, Jake —dijo el judío, sonriendo.

—Deséasela a Bit Bunker —replicó el aludido—. ¿Crees que no te adivino, «Viejo»? Sabes que él me tiene «gananas». Y acogerá con palmas tu consejo de que me liquide.

—Eres listo, Jake, demasiado listo. Ves fantasmas...

—Procura que el mío no venga a romperte las costillas si Bit Bunker falla.

Cuando la pareja se hubo marchado, Ike Slavey rodó el número del teléfono de Bit Bunker. Mientras, su otra mano dibujaba una cruz y bajo la cruz con arabescos grabó el nombre de Jake Bush.

CAPÍTULO VI

El juego de las adivinanzas

Roy Cadger repitió los dos nombres que acababa de oír:

—Jake Bush y Dood Foxy. Se oyen una vez y no pueden olvidarse. Entre las muchas cualidades que poseo y que no se ven, cuento con una memoria digna de un campeón de ajedrez a ciegas. Entre hombres inteligentes no se estila la modestia, que es falso orgullo cobarde. ¿Por qué me habla de Jake Bush y de Dood Foxy?

—¿Sabe quiénes son?

—Hacia fines de noviembre se escaparon del presidio de Alcatraz en compañía de un pistolero llamado Bit Bunker y de un médico inglés llamado Talbot Durban. Hubo profusión de reportajes ruidosos. Destitución del director. Interrogatorios de celadores.

Roy Cadger entrecerró los ojos, y los abrió repentinamente tras un minuto de silencio.

—Jake Bush es un «escalador» de primera. Dood Foxy abre cofres con el oído pegado a la música de la clave. Bit Bunker le quita las alas a una mosca... Curioso. Ésta es la mejor de sus coartadas, King. ¿Jugamos a las adivinanzas?

—Usted lleva todo el juego.

—¿Cuánto le costó el informe sobre las especiales cualidades de esos tres huidos? Unos billetes de diez, y tiene ya pólvora con que cegarme, despiando mi ruta de su camino. Ingenioso. Sabe que, más que capturar, me entretiene resolver crucigramas. Y me da un crucigrama. Tres en uno. «Audax» contra «Audax». Buena invención, Sólidas bases. Es lástima que no empleara usted su ingenio por otros derroteros.

—Trate de emplear el suyo, Cadger.

Tendió las muñecas Lord King. Cadger le miró extrañado.

—Póngame las esposas y lléveme donde quiera. Hay muchas coincidencias que pueden servirle de base de acusación. Yo he estado en lugares donde se cometieron extraños robos firmados por un tal «Audax». ¿Significa eso que yo sea «Audax»? Intenta poner las esposas a los tres huidos de Alcatraz y quizá resuelva el crucigrama.

—¿Quién es el caballero que sigue en el cuarto de baño con la agradable compañía de dos bellezas?

—Dijo llamarse Vernon.

—Tenemos tiempo. ¿Cómo le atropelló?

La puerta del cuarto del baño estaba entreabierta. Talbot Durban, con más cinta adhesiva de la necesaria, entró en el saloncito.

—Le agradezco sus atenciones, señor King. Si en algo puedo serle útil, tiene su casa en Bahama Street, 98.

Talbot Durban estrechó la mano de King, haciendo una leve inclinación dedicada a Roy Cadger.

—Después de un accidente, le recomiendo un buen tónico, señor Vernon —dijo Roy Cadger—. Creo que el señor King dispone de un excelente bar.

—Me espera mi esposa —dijo serenamente Durban.

—Le presento al señor Roy Cadger —dijo Lord King.

—No diga encantado, señor Vernon —sonrió Roy Cadger—. Nadie se muestra encantado cuando me conoce. ¿Me permite unas preguntas, señor Vernon?

—Las que usted quiera —y el inglés sonrió sin afectación.

—No pretendo pasar por un talento adivinando lo que cualquiera puede adivinar. ¿Peleó usted con alguien, Vernon? Manifiesta una extrañeza aparente tan británica como su pronunciación. ¿Le extraña que un visitante tenga una pistola en la diestra? Es broma de Nochevieja, aunque en el cargador hay siete balas.

—Algo incongruente su invitado, señor King —dijo Durban.

Lord King se encogió de hombros, en ademán de excusa.

—La incongruencia no está en mí, Vernon. Está en tres cosas: King ha mentido al decir que le atropelló, que es la primera

incongruencia. La segunda está en que le han herido en el costado izquierdo del labio y tiene los nudillos de la diestra despellejados. La tercera, y definitiva incongruencia, es que va a levantar, las manos hacia el techo, amigo.

Talbot Durban intentó un rápido esguince de cintura, a la vez que su diestra buscaba afanosamente, entre sus solapas. Los dos disparos de Roy Cadger estallaron sin que el rechoncho detective se moviera de su confortable y arrellanada posición...

Los gritos femeninos que procedían del cuarto de baño, el desplome de Talbot Durban doblando las rodillas, el brusco salto de Lord King al ponerse en pie, no alteraron la posición del sentado detective.

—Siéntese como yo, King. Y dígales a las mujeres que se encierren en el cuarto de baño. Es orden. Cierre usted mismo la puerta... y no me obligue a disparar de nuevo.

Lord King obedeció.

Talbot Durban, en el suelo, mantenía un brazo cruzado sobre el pecho. Dos manchas sangrientas fueron extendiéndose, una en el hombro derecho, otra en la mano izquierda.

Lord King regresó, arrodillándose junto al inconsciente herido. Le quitó la pistola colocada en una funda axilar. Arrodillado de espaldas a Roy Cadger, tiró la pistola hacia atrás. Chocó la culata con la puntera de los zapatos del detective, que la recogió.

—Heridas dolorosas que quitan el sentido. Me gusta su serenidad y su buen juicio, «Audax». Traiga algodón y gasas para cuidar a su amigo.

—No le conozco más que desde esta noche, que lo vi en el «Nokoris». Le llevé en mi coche a una droguería —fue explicando Lord King, mientras diestramente iba taponando las dos heridas—. Peleó con Jake Bush, y me interesaba interrogarle aquí a solas. Porque necesito encontrar a Jake Bush, y que cante la verdad. Al verle a usted esperándome, me desconcerté.

—A mí también me hubiera desconcertado. Empiezo a creerle, «Audax». ¿Sabe quién es este hombre?

—Talbot Durban.

—¿Por qué me lo presentó llamándolo Vernon?

Lord King se levantó y volvió a sentarse en el diván frente al detective. Encendió un cigarrillo, tras ofrecer, su pitillera a Cadger,

que aceptó.

—Mi situación es complicada, Cadger. Vi que usted venía a detenerme. Por otra parte, Talbot Durban conoce a Jake Bush. Esperé los acontecimientos. Y es usted un pedernal dotado de un supercerebro.

—Adivinar que usted mintió estaba al alcance de un niño observador. Su coche, cuando atropella, ¿tiene por costumbre dar un viraje y volver a atropellar? Suponiendo que rozara a Talbot Durban por el costado izquierdo del rostro, ¿cómo la mano derecha presenta en los dos últimos nudillos la clásica despellejadura del que ha aplicado un buen puñetazo?

—Pudo hacérsela, al caer.

—Su traje azul está impecable, aparte dos pequeños círculos polvorientos en la pernera del pantalón, bajo la rodilla. Pero dejemos las adivinanzas. Talbot Durban me mira y está deseoso de hablar.

El médico inglés se incorporó con un esfuerzo y adosó sus espaldas al brazo del diván. Estaba intensamente pálido.

—El señor King ignoraba mi verdadera personalidad —murmuró dificultosamente.

—Caballerosidad británica. *Fair play* —dijo Roy Cadger con una mueca sarcástica—. Es lástima que los que nacen para caballeros elijan senderos criminales. Luego me ocuparé de usted, Durban. Sí, King. Puede darle esa copa de *coñac* que me ofrece a mí. Volvamos a lo nuestro, King. ¿Por qué anduvo buscando la pista de Jake Bush?

Explicó Lord King su creciente extrañeza al leer en los periódicos relatos de fechorías que él no había cometido y que, sin embargo, llevaban como firma la contraseña que eligió.

Su búsqueda de un confidente. Su presencia cuando Jake Bush y el médico pelearon. Su ofrecimiento de llevarles en el coche. Su imprudencia al no suponerse que Jake Bush escaparía. Su deseo de hacer hablar a Talbot Durban para intentar sonsacarle la dirección de Jake Bush...

—No sé dónde vive. Le vi esta noche por vez primera desde que nos escapamos de Alcatraz —dijo Durban.

—¿Quién les proporcionó la fuga? —preguntó Cadger.

—Les obligué a aceptarme como compañero. Citaban solamente

al viejo, hablando del que planeó desde fuera su fuga.

—Viejo es todo hombre que rebasa los sesenta si sus arterias cumplen su cometido hasta esa edad. Supongo que será un apodo. Pero es poco explícito.

—Jake despidió a la muchacha que iba con él llamándola Lizzy —dijo Talbot Durban.

—¿Lizzy? Tan poco explícito como el viejo. Elizabeth es un nombre muy solicitado por las mamás secretamente, deseosas de nombres románticos para sus hijas. Oiga, Durban, ¿por qué delata a Jake? No tiene cara de soplón.

—Desde el cuarto de baño he oído su conversación, caballeros. Al parecer, el señor King es acusado de algo que no ha cometido. Yo también fui acusado de algo que no cometí.

—Después hablaremos usted y yo —dijo Cadger avanzando un índice hacia el herido—. Se habría evitado la incomodidad de su postura si no intentaba hablar con plomo en vez de con razonamientos. Dame el teléfono.

Lord King obedeció. El rechoncho detective pegó el oído al auricular.

—Marque un cuatro, un cero, dos unos, un seis y «PR». Gracias. Tapó Cadger la boquilla con la mano.

—¿Usted cree que su secretaria y su ama de llaves merecen ir a la cárcel por encubridoras de «Audax»?

—No sabían que...

—Si vuelve a mentirme no le voy a dar la probabilidad que pienso darle. Responda rectamente.

—No merecen tal suerte, haga conmigo lo que quiera, Cadger. Déjelas que se vayan...

—¿Es usted, Scraps? —preguntó por teléfono el detective—. Siento interrumpirle la cena, pero más sentiré decirle que se busque otro empleo si antes de media hora no me dice quién es una tal Lizzy, que iba esta noche, en el «Nokoris» acompañada de Jake Bush. Apunte, apunte. No fie de su memoria. Esto sólo yo lo puedo hacer. Necesito que desde el teléfono más cercano a donde se halle ahora Lizzy, Quien-Sea, usted no la pierda de vista y me lo comunique. Anote el número donde espero su llamada.

—

MH —dijo Lord King.

—Dos ochos, un nueve, un seis, un cuatro, un cinco, una «eme» de mayúscula, una «hache» de hipódromo. Y recuerde que Bonaparte llegó a ser Napoleón, porque en su diccionario no existía la palabra imposible.

Devolvió el teléfono a Lord King.

—Tengo un enjambre de especialistas seleccionados. Se va a desgastar su teléfono, King. Traiga. La llamada será para usted, pero yo soy quien tiene que oírla.

—¿El señor King, me hace el favor? —Gangueó el auricular.

—¿De parte de quién? —replicó Roy Cadger.

—Ike Slavey. Deseo suplicarle un favor.

—Un momento. Le avisaré.

Roy Cadger dejó el aparato sobre su muslo. Lo señaló y señaló la boca de Lord King. Después se tocó la oreja. Tendió el aparato.

—Diga. Lord King al aparato —habló «Audax».

La pistola de Roy Cadger se enderezó levemente, apuntando al estómago de Lord King, mientras colocaba su cabeza junto a la de «Audax».

—Soy Ike Slavey. No tengo el honor de conocerle personalmente, pero trafico en antigüedades, y ocurre un caso extraño. Un matrimonio de la buena sociedad está en mi tienda. Desean comprarme un damasquinado. Están algo alegres. No fían en mi palabra y le han citado como perito. Aseguran que si usted reconoce y garantiza la legitimidad de la valiosa pieza, me la comprarán. Es regalo que el marido desea hacerle a su esposa. Cinco mil dolares, señor King. Usted, como artista, puede ayudar a un colega comercial. Le agradecería infinitamente que viniese.

—Desearía complacerle, pero... —Lord King se interrumpió al ver las cabezadas afirmativas de Roy Cadger que le rozaban la sien —. Bien. Deme su dirección.

—Bystander, 32. Muy agradecido, señor King. Perdona mi atrevimiento. Le aguardo y bendigo su amabilidad.

Roy Cadger depositó el aparato en la horquilla.

—Bien, bien, bien —y el detective sonrió—. Yo no sé quién es Ike Slavey, pero es un embustero.

Lord King parpadeó, y, aunque su ánimo estaba sobreexcitado pensando en su propio problema, comentó:

—Hasta por teléfono adivina usted, Cadger, cosas que los demás mortales no podemos discernir. Nada tiene de particular esta llamada. La única particularidad está en que usted me obligará a aceptar la invitación a ir donde no podré ir.

—Irá si quiere. El tal Ike Slavey es un embustero. Ya le notifiqué que mi trabajo suele ser analítico. He adquirido gran práctica y percibo notas falsas. Puedo equivocarme. Pero procure seguirme en el terreno de la lógica. Ike Slavey se expresa en términos amabilísimos, casi serviles. Le suplica que vaya a su tienda. Un marido desea regalar una pieza damasquinada valorada en cinco mil a su amadísima esposa. Cosa natural en Nochevieja. Es Nochevieja y usted está cenando lógicamente. ¿Cuál es la actitud lógica de quien le pide un favor? ¿Cómo se comportaría el humilde y suplicante y agradecido Slavey? Un marido con cinco mil dolares tiene un coche o puede tomar un *taxi*. Se mete el matrimonio, Ike y la pieza en el coche. Se traen aquí, usted les ofrece una copa de *champagne*, demuestra su talento de perito, y todo lo ha resuelto lógicamente. En cambio, Ike Slavey desea que vaya usted, dejando su cena, a su casa. ¿Por qué? Eso sí que no lo puedo saber. Yo soy un supertalento, pero no puedo extralimitarme. Dije antes que iba a darle una probabilidad, Lord King.

—Gracias —dijo sinceramente el aludido.

—No es por usted. Es en bien de la justicia, que tan mal represento en mis métodos anárquicos, pero que tan bien sirvo con los felices resultados que siempre obtengo. En el cuarto de baño están su secretaria y su ama de llaves. ¿Tiene ventana el cuarto de baño?

—Sí —replicó Lord King.

—Lo sabía, porque al abrirse la puerta la vi. Pero no puede un cuerpo humano pasar por ella, y si pasara, tendría que disponer de un planeador para surcar el aire, desde este ático de rascacielos. Ahora son las once, «Audax». Puede usted irse.

Lord King cabalgó una pierna sobre la otra y encendió un cigarrillo. No pudo evitar que su encendedor tardara en encender.

—No lo entiendo, Cadger.

—Creo que he hablado claro. Puede irse significa que se marche.

—¿Adonde?

—Supongo que desea mis consejos. Gracias. Primer consejo:

cada hora telefonéeme aquí. Si pasan dos horas sin que me telefonee, llevaré a la Comisaría a las dos bañistas forzosas. Después buscaré su cadáver de usted o su pista escapatoria.

—Cada hora le telefonearé, si fuerza ajena a mi voluntad no me lo impide.

—Tiene usted cerebro y músculos. Emplee ambas cosas. Hágase cargo que encontrar a Jake Bush es su única coartada. Pero Jake Bush no vendrá aquí voluntariamente. Regrese al «Nokoris». Indague quién es Lizzy. Vaya a ver a Ike Slavey. Recuerde que Jake Bush viajó con usted y le conoce. Si es cierto que usurpan su garantizada y renombrada firma antisocial, sabrán quién es usted. El confidente habrá sido visto hablando con usted.

Roy Cadger miró su reloj.

—Dentro de una hora puede telefonarme. Sabré seguramente quién es Lizzy y dónde anida. Mañana es Año Nuevo. Simbólico. Nueva vida. Esto es lo que inhumana le ofrezco. Buena suerte.

Lord King levantóse. Vaciló delante de Roy Cadger...

—No me tienda la mano. Podría creerme que piensa propinarme un puñetazo. Aguardo su regreso o la cesación de su llamada telefónica cada hora.

Lord King se dirigió a la puerta.

Se oyeron sus pasos en dirección a la puerta de salida del piso.

Roy Cadger quedó a solas frente al herido, sentado en el suelo, y adosado al diván.

—Ahora usted y yo vamos a entretener la espera.

CAPÍTULO VII

El visitante inesperado

Bit Bunker examinó con odio el cadáver de Soapy Bull. Tenía que desembarazarse de aquel molesto «fardo» y estimaba que las pistolas tenían un defecto.

No hacían volatilizar los cuerpos alcanzados por sus disparos.

Acudió al remedio que consideró más satisfactorio por el momento. Levantó el cuerpo sentado, y con su silla, lo echó a los pies de su cama. Ayudándose con los pies, hizo desaparecer a Soapy Bull bajo la cama.

Sentóse al borde del lecho, intentando pensar una solución. Dood Foxy le ayudaría. Salió de su habitación.

Por espacio de media hora recorrió los distintos lugares donde suponía podría encontrar a Dood Foxy.

Su exploración le condujo al «Nokoris». Recorrió la sala con la vista y se acodó al mostrador, para desalterar su garganta reseca.

No vino Dood Foxy, pero la entrada de Lizzy Farrell le supuso el mismo resultado.

—¿Dónde está Dood?

—«El Viejo» lo ha llamado. Te estaba buscando, Bit. «El Viejo» le ha dicho por teléfono a Dood que te espere a ti en el garaje del puerto. Hay trabajo esta noche.

Bit Bunker se marchó sin añadir una palabra. Lizzy Farrell se aburría enormemente y acogió, un cuarto de hora después, con complacencia, la discreta sonrisa de un guapo y elegante «clubman», de sombrero fieltro de marca y gabardina bien entallada.

Lord King, al entrar en el «Nokoris», pareció quedar instantáneamente prendado del vulgar atractivo de la tanguista. Recordaba que era la mujer que acompañaba a Jake Bush...

Acercóse a ella, quitándose el sombrero.

—Estaba esperando a una amiga que no ha venido, señorita. ¿Puedo sentarme? La Nochevieja solitaria es irresistible.

—No tengo costumbre de hablar con desconocidos —replicó Lizzy Farrell con dignidad, pero atenuándola con sonrisa invitadora.

—Me llamo King, señorita.

—Yo Lizzy. Por cierto —dijo ella, mientras King se sentaba—, no me es del todo desconocida su cara.

Era la sempiterna frase dedicada a sus relaciones fortuitas, pero en esta ocasión no mentía. Trataba de recordar cuándo, y no muy lejano en el tiempo, había hablado o visto a aquel individuo.

—También a mí me parece familiar su semblante, señorita.

Fijóse ella en la pechera almidonada y la negra corbata de lazo. Intentaba recordar cierta visión fugaz...

—Tengo el coche esperando en la puerta, Lizzy. Podríamos ir a cenar al «Alsdorff» o al «Byron».

—No sé si debería aceptar. Pero también mi amigo me ha dejado plantada y no voy a estar esperándole en balde.

—Debe pagar esta falta de galantería imperdonable —declaró King, levantándose y ayudándola a colocarse el abrigo de pieles.

El «Auburn» era un dos plazas de magnífica estampa. Subió complacida Lizzy Farrell. Tan sólo cuando el coche arrancó, recordó de pronto:

«La pelea... Jake sangrando... Un sujeto de *frac* acercándose a los dos contendientes...».

—¡Ey! ¿Qué trampa hay? —inquirió con repentina sospecha.

—¿Dice usted, señorita? —preguntó Lord King acelerando y dando vuelta a un viraje para entrar en zona laberíntica y más desierta.

—¡Usted fue el que se llevó a Jake y al otro!

—Exacto, soy amigo de Jake, de Dood y de Bit.

—Valiente amigo que intenta birlarle la novia a uno de ellos.

—La amistad tiene un límite que su belleza me obliga a rebasar. Ella rió con ruidosa carcajada.

—Es usted un tipo gracioso y elegante, King. ¿Dónde vamos a

cenar? Quiero bailar.

—Antes tendría que decirle unas palabras a Bit o a Foxy. Jake me ha dado un encargo para ellos. Lo he dejado en mi casa.

—Podrá encontrar a Bit y a Dood en... ¡Ey! —Y revolvióse ella con inquietud—. ¿No dice que Jake le ha dado un encargo para...? ¡Mentira! Si Jake lo hubiese hecho, también le habría indicado donde encontrarles.

—Urge, y en los sitios que él me ha indicado no he dado con Dood ni con Bit.

Serenóse ella. Era plausible. Le gustaba la impecable compostura del elegante King.

—Ahora no los encontrará. «El Viejo» los ha llamado para un trabajo.

—Bien. Vayamos a ver al «Viejo». Es lo mismo.

—Oiga. No me acaba de convencer su actitud. ¿Vamos a cenar o no? Déjese de hablarme de ellos. No diré una sola palabra más. En realidad no le conozco.

—¿No me vio ayudar a Jake Bush? Soy de confianza.

—Arréglese con ellos. Son cosas de hombres, ¿no? Usted me lleva a cenar y no a... ¡Ey!

El brusco contacto en su cintura de un objeto duro y cilíndrico estremeció en sobresalto agudo a Lizzy Farrell.

Conocía demasiado sin necesidad de tener que bajar la vista cuál era el objeto que presionaba así contra su talle.

Miró asustada al correcto individuo, que, desaparecida la sonrisa de los labios y de los ojos, habló con voz acerada:

—Hable y no mienta, Lizzy. Estoy en una encrucijada y tanto me da matar como morir. Nunca he empleado estas expresiones de melodrama. Lo único que puedo asegurarle es que, si antes de un minuto no me dice la dirección del «Viejo» y dónde puedo hallar a Dood, Bit y Jake, la dejo seca y la echo al río.

—«El Viejo» vive en una tienda de Bystander, 32. Dood está esperando a Bit en el garaje del malecón 13, del puerto, el que hace esquina con el «dock» de algodón —recitó ella apresuradamente.

—Gracias, señorita —dijo Lord King sin apartar la pistola del costado de la tanguista y conduciendo con una mano.

El «Auburn» entró en la avenida que desembocaba en los malecones del puerto fluvial.

—Tenga la bondad de indicarme cuál es el malecón 13, señorita.

—Yo no...

—El malecón 13, hágame el favor.

Y la pistola hizo ladearse a Lizzy, Farrell.

—A la derecha, el segundo ramal... Pero yo no...

—Limítese a contestar y obedecerme. No puedo permitir que mi habitual galantería me haga olvidar los deseos que tengo de matar a alguien.

Lizzy Farrell enmudeció. Aquél tenía que ser un *gángster* de la «alta», que buscaba a los tres maleantes para algún arreglo de cuentas.

—Tendrá la amabilidad de presentarme a sus dos amigos Dood y Bit, señorita. Estoy deseoso de conocerlos. ¿Es aquél el garaje?

Un cobertizo de madera, quedaba empuqueñecido junto a la molé de un hangar.

—Sí, pero...

—Baje; hágame el favor. Delante mío. Muéstreme el camino.

—Me matarán si me ven llegar con un...

—Bastará que llame a la puerta y dé su nombre. Del resto me encargo.

Ella descendió y, al volverse para mirar a su acompañante, se estremeció, no ya porqué en vez de una pistola, llevase ahora Lord King un fusil ametrallador que acababa de sacar del bolsín oculto bajo la alfombra, sino que llevaba el rostro cubierto por un antifaz.

—Decididamente, sin precauciones, llame a la puerta.

CAPÍTULO VIII

Una entrevista accidentada

En el oscuro garaje, junto al «Studebaker», Dood Foxy aguardaba. Sentóse al cabo de un instante en el guardabarro delantero.

Toda vida parecía haberse paralizado en aquella Nochevieja en el puerto.

Oyó perfectamente unos pasos acercarse a la puerta. Hundió la diestra en el bolsillo de su americana, deformándola al presionar la culata.

—¡Hola, Dood! —saludó Bit Bunker.

—¡Hola! «El Viejo» nos necesita.

—¿Por qué tenemos que estar aquí?

—Necesitaremos el coche por lo visto. No me dijo más que esperásemos aquí.

Sentóse Bit Bunker en el otro guardabarro. Silbó en sordina, porque el tiempo, en el silencio de la noche y la obscuridad del garaje, se hacía interminable.

La mano zurda de Dood Foxy se engarfió repentinamente alrededor del brazo de Bit Bunker.

Un motor acababa de detenerse... Poco después, la voz de Lizzy Farrell, reconocible a través de la madera, habló:

—Abre, Bit.

—Esta perra... —empezó a decir Bit Bunker—. Vete a abrir, Dood.

Dood Foxy, dispuesto a abofetear a la imprudente muchacha, abrió la puerta. Retrocedió presuroso, al oír la inexorable orden:

—¡De cara a la pared! ¡Pronto!

El fusil ametrallador, empuñado por «Audax», se movió en semicírculo horizontal...

—No dispararé si continuáis así...

Bit Bunker y Dood Foxy, contagiados por la fría voz inesperada, mantenían los brazos en alto, mirando fijamente hacia la pared del fondo.

Lord King observaba de soslayo el movimiento deslizante de Lizzy Farrell, que intentaba salir del umbral del garaje...

—Quédese donde está, Lizzy. O el primer disparo será para usted.

—¿Quién es? —preguntó Dood Foxy con voz temblona.

—Luego te lo diré —prometió «Audax»—. Lizzy; usted va a atar a esos dos amigos. ¡Cállese! Cuando los haya atado, márchese lejos, porque, tarde o temprano, ellos o sus amigos, se vengarían de usted. Pero no intente ayudarles ahora, porque le prometo que dispararé sin el menor escrúpulo.

—No... tengo con qué atarles...

—Hay alambre colgando del clavo, cerca de la cabeza del más pequeño. Procure que no la hagan servir de parapeto, porque no vacilaré en...

La brusca caída al suelo del fusil ametrallador y el sonido del cuerpo de Lord King al desplomarse de bruces, hicieron dar un salto salvaje a Bit Bunker, que, pistola en mano, disparó frenéticamente contra Lizzy Farrell...

—¡Quieto, Bit! —ordenó la voz de Ike Slavey.

Lizzy Farrell doblóse por la cintura, denegando lentamente, con la cabeza, mientras sus ojos se velaban. Fue su último ademán antes de caer muerta, acribillada...



—De cara a la pared. ¡Pronto!

Ike Slavey, en el umbral, rió con carcajada senil y cascada.

—No se ha perdido gran cosa. El abrigo de pieles acaso.

—¿Quién es ése? —preguntó Dood Foxy, propinando un puntapié al caído Lord King.

—Un hombre que acabo de dejar muy oportunamente sin sentido de un culatazo, salvando vuestro pellejo, imbéciles.

—Déjame que lo mate... —empezó a decir Bit Bunker, mordiéndose los labios temblones.

—Nos servirá más vivo. Era precisamente el hombre que yo deseaba fueseis a esperar en mi casa, acompañándome. Ya no hace falta. Colócalo en el asiento posterior, Dood.

—¿Al río? —inquirió Bit Bunker.

—No. Lo dejaréis con su máscara, en el lugar donde vais a dirigiros. La casa particular de una anciana, que posee demasiadas

joyas y vive solitaria. Pero esta noche habrá triple faena, Bit. Matarás a la vieja, dejarás a este individuo junto a ella, y luego, tienes que liquidar a Jake Bush.

Los dos disparos hicieron saltar de lado a Dood Foxy, que corrió apresuradamente a parapetarse tras el coche, disparando ciegamente hacia el umbral.

La sombra inclinada al exterior disparó de nuevo, mientras Bit Bunker, zigzagueando, pretendía tomar puntería contra el invisible agresor.

Pero el visitante inesperado, arrodillado ahora contra la pared exterior, dejaba solo ver su brazo armado de una pistola ametralladora.

Dood Foxy quedó abrazado al motor del «Studebaker», mientras Bit Bunker chocaba ruidosamente su cabeza ensangrentada contra los zapatitos de Lizzy Farrell...

Ike Slavey, con los brazos levantados, oyó una voz autoritaria ordenarle:

—Dame la cara, cerdo.

Ike Slavey volvióse lentamente, para enfrentarse con Jake Bush, junto al que aparecía ahora la figura espectral en su palidez de Meg Terry.

—Vine a por tu coche, cerdo —explicó Jake Bush—. Sabía que le ordenarías a Bit Bunker que me liquidase. Meg y yo hemos decidido marcharnos. Lejos, en algún sitio donde nos crean un honrado matrimonio en busca de trabajo. Me he quedado como si hubiera comido un pavo con haber derribado a esos dos asesinos...

Lord King no había podido ser colocado en el asiento posterior por Dood Foxy. Estaba tendido medio apoyado de bruces contra la portezuela.

—Te doy el coche, Jake —murmuró el judío.

—Generoso. ¿Qué más?

—¿Necesitas dinero?

—Sí.

—¿Cuánto quieres?

—Cincuenta grandes.

—Te los daré en casa. Acompáñame.

—No irás más a tu casa, cerdo.

La pistola de Jake Bush se vació...

Ike Slavey retrocedió con una exclamación de angustia.

—¡Jake, Jake! —gritó.

Pero ya no tuvo más fuerzas, y dando un traspiés, cayó arrodillado. La puntera del zapato de Jake Bush le alcanzó en plena mandíbula. Pero pegaba ya a un cadáver.

—¡Asesinos! —exclamó Jake Bush.

—Vámonos, Jake —musitó Meg.

Lloraba por vez primera, y las lágrimas le escocían los ojos con hirviente dolor.

—¡Ése tiene la culpa! —Y Jake Bush propinó de nuevo un puntapié al cadáver de Ike Slavey.

Corrió al coche y, de otro puntapié, apartó el cadáver de Dood Foxy. Iba a subir al asiento delantero, cuando engarfió las dos manos, doblándose hacia adelante.

Bit Bunker, desde el suelo, con sus últimas energías, acababa de presionar el gatillo.

Y una sonrisa de atroz satisfacción distendió las facciones de Bit Bunker al pegar la cara al suelo, definitivamente muerto...

Jake Bush, caído contra el asiento, fue zarandeado histéricamente por Meg Terry. No se movió más que a impulsos de los enloquecidos tirones de su novia...

Meg Terry saltó al volante, sentándose y poniendo el contacto. Cerró la portezuela, y el «Studebaker» abandonó el garaje a toda velocidad.

CAPÍTULO IX

Las paradojas de Roy Cadger

Talbot Durban cerró los ojos, intentó abrirlos de nuevo y murmurando incoherencias, reclinó la barbilla contra el pecho.

Sus dos heridas dolorosas que le inmovilizaban acababan de hacerle perder el sentido de nuevo.

Roy Cadger se levantó y colocó unas esposas alrededor de las muñecas del médico inglés.

Se dirigió a la puerta del cuarto de baño, que abrió.

Leatrice Dove palmoteaba afectuosamente en los hombros de Joan Telma, su sobrina, abrazada a ella y ocultando el rostro contra su seno.

—Estoy diciéndole a mi sobrina, señor Cadger, que es usted lo suficientemente inteligente para dilucidar los problemas que más intrincados puedan parecer.

—Es también mi opinión —afirmó Roy Cadger—. Si quieren cambiar de atmósfera, en el salón hay un confortable diván.

Roy Cadger regresó de nuevo a su sillón donde se arrellanó cómodamente.

«Grumpy» entró con mesurados pasos, y alisó el borde de su falda al sentarse en el diván. Parecía la señora de la casa recibiendo a una visita molesta, pero que por cortesía, se tolera.

Roy Cadger contempló las redondas rodillas cubiertas de gasa gris de Leatrice Dove. Unas piernas largas, esbeltas, torneadas...

—Debo confesar que es usted bonita, *Miss Dove*.

—Le quedo agradecida. Parece que lo lamenta, señor Cadger.

—Vistiendo el uniforme gris de la penitenciaría, perderá usted

belleza y cortesía.

—La belleza, si la poseo, se aminora con la vejez. La cortesía nunca se pierde, señor Cadger.

—¡Maldito sapo repugnante! —gritó «*Baby*» entrando y deteniéndose ante Roy Cadger, llameantes los ojos—. ¿Quiere dejar en paz a mi tía? Métase conmigo, que ambos somos igualmente groseros, aunque yo soy... tonta y usted es un demonio listo pero odioso.

—Síntese, «*Baby*» —dijo Roy Cadger sonriendo. Sonreía pocas veces.

—¡Me sentaré si me da la gana, maldito aguafiestas!

—Me es simpática su sobrina, Miss Dove —comentó sinceramente Roy Cadger—. Lamento que no sea mi sobrina. La de tortas que le iba a dar de vez en cuando.

—¡Nos las repartiríamos generosamente, gordo! —manifestó «*Baby*», que nerviosamente fue a sentarse.

—Debería estarme agradecida, pequeña —dijo Cadger.

—¿Por qué dejó marcharse al patrón? Lo ha enviado usted a la muerte.

—O a la solución de su problema. Yo no estoy enamorado de Lord King. Reconozco que es guapo.

—¡Tanto como lo es usted de horrible, odioso y nauseabundo!

—Simpática, simpática —reconoció Cadger—. Su patrón, «*Baby*», tiene la culpa de todo.

—¡Él no...!

—¡Cállese, diablos! —ordenó secamente Cadger—. Ya sé que nada tiene que ver con el «Audax» de diciembre. Pero él puso en boga la firma «Audax». A él, pues, le toca cerrar el negocio, por bancarrota. Si se muere, yo no pienso llorarle. Ustedes dos son bonitas... y tontas. Aman al ser más egoísta que nunca he conocido.

«*Baby*» miró estupefacta a su tía, que enrojeció levemente. Clavó fieramente los ojos en el detective.

—¡Diablos! Por donde va, alborota usted el cotarro, barril de calumnias. Y ya sólo me faltaba ver esto —y «*Baby*» señaló al inconsciente médico inglés—. Un caballero malherido al cual usted derriba a tiros, como si estuviéramos en un escenario de películas del Oeste.

—Este caballero le cortó las manos y le desfiguró el rostro a su

mejor amigo, sin anestesiarlo previamente. Bien, pero eso no tiene importancia. Volvamos a lo nuestro.

—¿Cómo... cómo se atreve a soltar tales barbaridades contra un pobre hombre que...? —barbotó «*Baby*». Y, ¡diablos!, ya no sé ni lo que me digo. La otra vez que tuve la desgracia de tropezarme con usted me pasó lo mismo. Sacaría de quicio al más sesudo de esos griegos que llamaban estoicos.

—¿Está ya en forma, Talbot Durban? —preguntó Roy Cadger al ver que el médico sacudía la cabeza abriendo los ojos.

—Dentro de lo que cabe..., sí —afirmó Talbot Durban—. ¿Piensa tenerme así durante toda la Nochevieja?

—Usted es un factor sin importancia, amigo. He venido a resolver un problema relacionado con el dueño de este piso. El azar, personaje principal en nuestras vidas, le colocó en mi camino.

—Pese a las dos balas, espero que sea para bien. ¿Conoce mi caso, Cadger?

—Tanto como su rostro, que se puso de nuevo de moda en los periódicos y revistas al fugarse usted de Alcatraz. Inconvenientes de la popularidad.

—¿También para usted mi caso está bien enjuiciado?

—Perfectamente. Usted invitó a cenar a Tyrone Market. Como postre lo tendió en su mesa de operaciones y le cortó las dos manos. Prodigó en su rostro verdaderas filigranas de bisturí que obligan al señor Market a llevar permanentemente cubiertas las cicatrices con vendajes, para que al verse en el espejo no se desmaye del susto. Usted se amparó en una defensa estúpida. Dijo que a ambos les habían narcotizado y que al despertar se encontró usted junto a la mesa de operaciones con un bisturí en la mano que fue como le sorprendió su criado al regresar. Después cometió la peor de las infamias. Acusó su propia hermana. La cual se encontraba cientos de millas alejada. Pretendió cierto amorío y una venganza por celos. Alegó que su hermana de usted quería a Tyrone Market, y que éste al desdeñarla le inspiró la venganza de desfigurarle.

Roy Cadger señaló al médico.

—Vean, señoritas. La paradoja de un caballero británico en apariencia, que acusó a su propia hermana. Y la pobre muchacha hizo aún cuanto pudo para intentar aminorar su condena, arruinándose casi de su peculio particular.

—Vean, señoritas —musitó el médico—. La paradoja de un detective que se autocalifica de analítico, y es tan burdo como los demás ciegos que presenciaron mi juicio.

—No me dediqué particularmente a su caso, Durban. Pero podemos ahondar. Dígame, ¿para qué se evadió de Alcatraz?

—Porque la ocasión se presentó. Desde que tuve diez años odié a mi hermana.

—Al menos es usted sincero, pero no veo qué relación tiene su manifestación de cariño fraterno con su evasión de Alcatraz.

—Deseaba matarla, y estaba aguardando la ocasión. Pero la policía le aconsejó al yo evadirme que ella se hiciese acompañar por una escolta hasta que yo no fuera de nuevo aprensado. Ella declaró en la prensa que lo hacía obligada porque de mí nada temía, ya que nos queríamos, y mis acusaciones contra ella fueron simple fruto de una pasajera locura. Es un encanto Mirna.

—Ella le quiere, Talbot Durban. Debería usted avergonzarse de ser tan inhumano —reprochó Roy Cadger sonriendo.

—La noche en que mi mejor amigo quedó desfigurado y sin manos, según parece Mirna se encontraba a ciento veinte millas del lugar donde Tyrone y yo cenábamos. La acompañaba el senador Conolly. Prestigio de honradez.

—Sesenta años —comentó Roy Cadger sonriendo—. Y su hermana de usted es casi una niña... Muy moderna, ¿no?

Talbot Durban le miró, arqueando las cejas en un esfuerzo doloroso, para no perder de nuevo el sentido, agotado por la conversación y el recuerdo.

—¿Pretende usted que el senador Conolly declaró en falso? —preguntó Cadger.

—Estaba rabiosamente enamorado de Mir...

La cabeza del médico volvió a caer inerte sobre su pecho.

—Déjenlo —aconsejó Cadger interrumpiendo, el ademán de las dos mujeres—. Le he obsequiado con dos heridas que requieren reposo. *Miss Dove*: suplico gentilmente que busque en el listín, el número de *Miss Mirna Durban*.

Leatrice Dove obedeció. «*Baby*», pensando en Lord King olvidó lo que ocurría en aquel salón de pesadilla...

—Gracias —dijo Roy Cadger cuando «*Grumpy*» le tendió el aparato—. ¡Aló! *Miss* ¿Durban? ¿Está cenando? Yo también.

Avísenla. Es urgente. Ella espera la llamada.

Tapó Cadger la boquilla con una mano.

—Pellízquele las orejas al médico. Método rudimentario, *Miss Dove*, pero de felices resultados. ¡Diga! Buenas noches... A sus pies, *Miss Durban*. Tengo una extraña noticia que darle. Su hermano está en mi casa. Malherido. Puede irse al Canadá. Pero necesita dinero... ¿Una broma de mal gusto?... ¿Que juego con su dolor?... Perdón, perdón... Oiga, *Talbot*. Aplique sus labios aquí —y colocó el aparato junto a la boca tumefacta del médico—. Eso es. Felicítele la *Nochevieja* a su hermana.

—Hola... *Mirna* —balbuceó el inglés. Y afirmando la voz añadió —: Feliz medianoche, *almendrita*.

Roy Cadger acercó el aparato a su propia boca:

—¿Oyó, *Miss Durban*? Eso de *almendrita* y feliz medianoche deben ser expresiones inglesas y familiares. Tome nota. La aguardo con el dinero en el ático de los «*Graham Appartments*».

Roy Cadger colgó. Miró sonriente al médico:

—Si su hermana viene con un montón de billetes, le daré una docena de bofetadas a usted, por hacerme perder el tiempo.

—Vendrá con la policía —sonrió tristemente el inglés.

—Mejor —aprobó lacónicamente Roy Cadger.

* * *

Lord King apoyó las dos manos en el suelo. Se arrodilló, y fue levantándose lentamente.

Aun se oía el ruido del motor del «*Studebaker*» al alejarse a toda velocidad.

Tardó Lord King en recuperar por completo el sentido unos minutos. El culatazo de *Ike Slavey* le dolía en la sien...

Inclinóse sucesivamente y con ansiedad. Sobre los cadáveres de *Lizzy Farrell*, *Bit Bunker*, *Dood Foxy* y *Ike Slavey*...

Amargamente, comprobó que sus «testigos» estaban muertos. Salió tambaleándose y poco después el «*Auburn*» se ponía en marcha.

* * *

Roy Cadger señaló a Leatrice la puerta. Acababa de sonar el timbre.

—Voy yo —dijo «*Baby*» impetuosamente.

—Va ella —replicó Cadger incisivamente—. ¡Diablos!

«Grumpy» se levantó... Regresó acompañada por tres sólidos individuos de anchas espaldas y rostros impasibles.

—Buenas noches —saludó uno de ellos—. Es éste... —añadió señalando a Talbot Durban y de pronto exclamó—: Pero... ¡si es el capitán Cadger! A la orden, señor. ¿Fue usted quien avisó a *Miss* Durban? Somos sus escoltas.

—Lo celebro, muchachos. Dos de vosotros id a detener al senador Conolly.

—¿Eh? —exclamó uno de los tres policías—. Oiga, capitán Cadger...

—Yo hablo y usted es el que oye. He dicho que vayan a detener al senador Conolly inculpado bajo mi responsabilidad de falso testimonio. Poseo las pruebas. Y el tercero, que detenga a Mirna Durban inculpada de acciones criminales en la persona de Tyrone Market. Poseo abundantes pruebas. Vayan, muchachos, vayan. Todo bajo mi responsabilidad.

Vacilaron los tres hombres. Roy Cadger se puso en pie.

—Denme sus matrículas, muchachos. Las emplearán poco en lo sucesivo.

Pareció una frase de poderes mágicos. Los tres policías desaparecieron velozmente.

Roy Cadger se sentó de nuevo. Tiró sobre las rodillas de Talbot Durban un llavero.

—La alargada y amarilla abre la puerta del catorce de la setenta y uno, piso doce. Allí vivo. ¿Puede esperarme allí, señor Durban?

—Creo que sí —dijo el inglés sonriendo con los ojos húmedos. Gracias, señor.

—Yo a usted, señor Durban. Le costará diez mil dolares el que yo me ocupe de su caso cuando termine con éste. Es mi tarifa. Tiene los bienes intervenidos por el Fisco, pero se los devolverán.

—Dijo que tenía abundantes pruebas, señor Cadger.

—Ninguna. Pero ya las encontrare. *Miss* Dove, ¿quiere hacerme un favor?

—Mándeme, señor.

—Acompañé al señor Durban. Está algo debilitado. Un imbécil le disparó dos tiros —dijo Roy Cadger seriamente.

Puesto en pie ayudado por Leatrice Dove, el inglés tendió las muñecas esposadas. El gesto le hizo prorrumpir en un gemido de dolor.

Quitó las esposas Roy Cadger.

—Tiéndalo en mi cama, *Miss Dove*. Procure no manchar mis sábanas.

Apoyado en Leatrice se marchó el médico. Roy Cadger juguetó con las esposas.

—¿Se las coloco, niña? ¿O podemos hablar como dos buenos camaradas?

«*Baby*» se encogió de hombros con desprecio.

—Igualmente hará usted lo que le dé la gana, Cadger.

—¡Diablos! Está usted muy respetuosa. Mi apellido en sus labios es algo excepcional. Generalmente la sufrida fauna de todos los volúmenes de *Historia Natural*... Pero ¿qué ocurre ahora?

«*Baby*», inclinándose hacia delante, hundió la cabeza entre sus manos, apoyados los codos en las rodillas.

Roy Cadger silbó indeciso. Le molestaban las lágrimas de mujer.

—Cuando yo era niño mi abuela me contaba leyendas. Era coja y yo le robaba la confitura porque me hacía mucha gracia verla correr tras de mí. Por lástima la dejaba que me alcanzara. Por lástima, *Miss Joan Telma*, permítame aconsejarla. No me mire furiosa —y Roy Cadger hizo un ademán cohibido—. Mi profesión es molesta. Hierde sensibilidades. Pero usted debió alejarse hace tiempo de Lord King. Él no se casará con usted y además usted quiere a su tía. *Miss Dove* callaría, pero sufriría si Lord King compartiera alguna vez su amor con usted.

—Usted... usted..., no sabe si mi tía... —Hipo ella.

—Cuando entré aquí esta noche, *Miss Dove* recitaba en voz alta distintas declaraciones de amor a su adorado Lord. Aprovechaba la ausencia de éste y sacudía su hermetismo hierático y majestuoso de perfecta ama de llaves. Oiga, *Miss Joan Telma*, ¿sabe que su tía es bellísima y muy eficiente?

—Llámeme «*Baby*», para que yo pueda, llamarle sapo —dijo ella levantando la cabeza y sonriendo entre lágrimas mientras sacudía su melena—. Mi tía es la mujer más buena del mundo... y

regístrese, hermano, si piensa casarse con ella. «Grumpy», cuando va al Zoo, se estremece viendo a las focas. No tiene usted esperanzas.

—Podría ser mi secretaria. Yo soy muy vulgar, «Baby», casi tanto como usted. Y su tía podría darme lecciones de modales. Porque tanto si Lord King muere como si regresa, como si va a presidio, ustedes no podrán continuar con él.

—¿Por qué? Usted mandará en sus polizontes, pero no en mi menda. ¿Por qué he de obedecerle yo?

—Porque me da a mí la gana que así sea, ¡diablos! Escuche, muñeca.

—¡No me llame muñeca!

—¿Porque Lord lo hace, verdad? Yo tengo mucha imaginación, muñeca. Veo un «Auburn» pilotado por un enmascarado (cuarta ilustración). Usted va junto a él, y se cruzan con un coche donde tres pistoleros disparan. Me apenaría llevar claveles a su tumba, muñeca.

—A las tumbas no se llevan claveles, sapo. Se llevan dalias y flores de plata.

—¿Prefiere las dalias? Tomo nota.

* * *

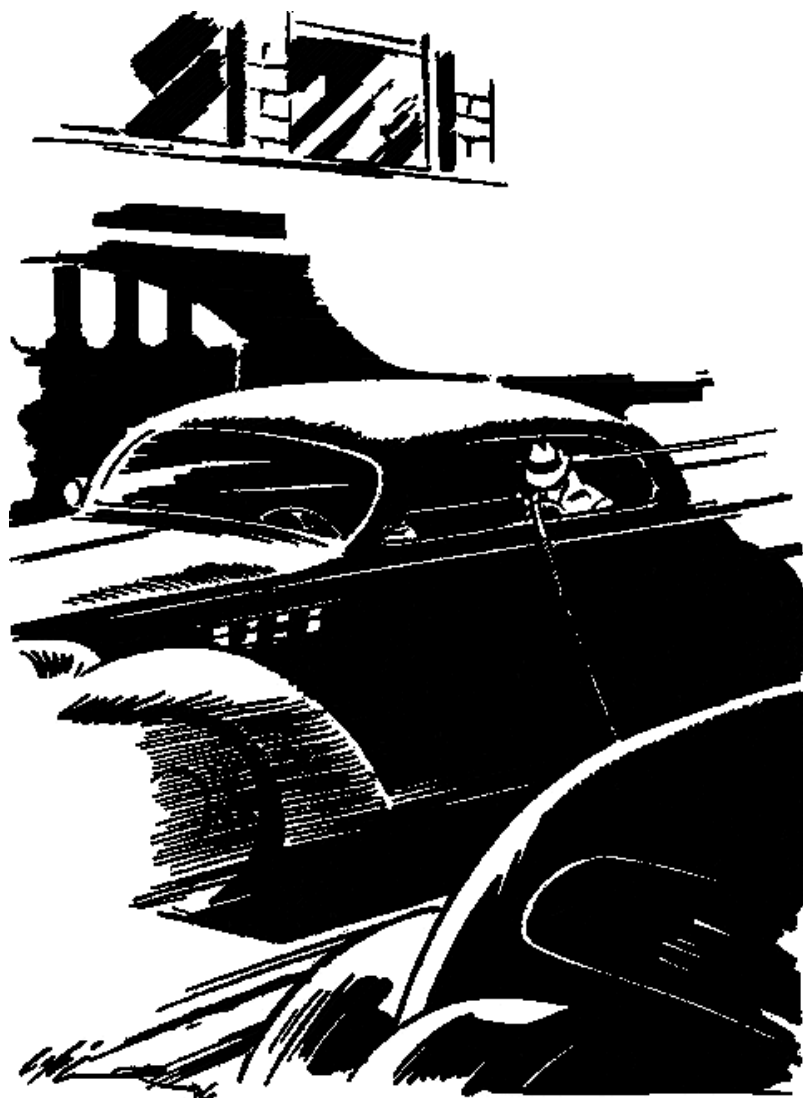
Un llavín giró en la puerta. Lord King vino a sentarse en el diván junto a «Baby». Mostraba un aparente y visible abatimiento.

—Cuando quiera, Cadger. He fracasado. No podré demostrar que nada tengo que ver con la actuación de «Audax» en los últimos cuatro delitos con mi contraseña. Pero le costará demostrar que yo soy «Audax».

—Déle Un *coñac* a su patrón, «Baby» —ordenó Cadger—. Le hace falta. ¿No se da cuenta?

«Baby», apresuradamente, escanció *brandy* de la licorera. Bebióse también un vaso...

—Ike Slavey, Bit Bunker, Dood Foxy y Lizzy Farrell están muertos. Podrán encontrar sus cadáveres en el garaje del malecón 13, junto al dock de algodón.



—Veo un "Auburn" pilotado por un enmascarado...

Roy Cadger sonrió:

—¡Al asunto, «Audax»! Ni yo mismo creo que podré salvarle de la silla eléctrica.

Y reapareció en la diestra del detective la automática, que al oír girar el llavín había mantenido oculta baja el sombrero encima de sus rodillas.

CAPÍTULO X

Desenlaces...

Meg Terry conducía crispados los labios: no sabía dónde iba. Cruzaban por su mente dos ideas: lanzar el coche por un despeñadero o estrellarlo contra la puerta de la primera comisaría que hallase al paso.

Jake Bush, inmóvil, tenía la cabeza echada hacia atrás en el respaldo, como un hombre al que una excesiva fatiga ha dominado.

Su hombre le sostenía contra Meg Terry.

El «Studebaker» entró en la recta de la carretera del Norte.

—... basta, Meg.

Ella frenó bruscamente con un grito de alegría. Se abrazó convulsivamente a su novio.

—Te... te creí muerto, Jake.

—No... pierdas la esperanza, tardaré poco —silabeó el malherido—. Falló algo el pulso de Bit... ¡No! Es inútil. No hay clínica que me tapone el estómago y me recambie un pulmón, Meg... Yo te quería... ¿sabes?... a mi modo, pero te quería...

Ella, sin poder llorar, miraba por encima del hombro que mantenía abrazado.

Apoyó el mentón con fuerza, y su mejilla rozó la dura mandíbula del hombre que más que hablar silabeaba con esfuerzo...

—Tenía que matarlos. Eran cerdos... Quedo, tranquilo, Meg. Pero me da... no sé qué... eso de que te quedes sola otra vez... sin calor. Yo era un tipo que no te llegaba a la suela del zapato, Meg. Pero te daba calor contra el frío de la vida... Todo el mundo explota a todo el mundo, Meg... ¿Qué haces?...

La diestra de Meg Terry entrando bajo la americana de su novio quedo empapada en Sangre. Extrajo la pistola.

—Está vacía..., Meg.

—Hay cargadores en el coche. Yo... te seguiré, Jake.

—¡Idiota! —Y los labios de Jake Bush se fruncieron en sonrisa complacida—. Debe haber algo Más Allá. Algo que nos recompense las fatigas de no haber sabido escoger... Pero tú tienes que obedecerme, Meg. Me queda ya poco resuello.

—Dime, Jake.

—Está... el tipo ese. El de la revista... con la varita y el cacharro... Irás a verle... Le explicarás todo... Todo.

—Lo haré, Jake. Pero luego te seguiré. Allá juntos...

—Boba... Buena chica, Meg, eres buena chica.

El repentino silencio acongojó a Meg Terry. Chilló histéricamente:

—¡No me dejes, Jake, por favor! ¡Quédate...!

Sacudió al inerme agonizante...

—¡No me dejes, Jake!

—Un hombre... honrado se casará contigo, Meg. Y si... se porta mal contigo, vendré a liquidarlo... ¿No oyes? Violines —los labios de Jake Bush respiraron junto al cuello de la mujer—. Nubes blancas... Como en el campo, tras la lluvia... Buena chica, Meg..., cariño mío...

Las dos últimas palabras de Jake Bush eran sus dos primeras palabras cariñosas. Respiró hondamente y su rostro perdió dureza...

La calma se apoderó de sus facciones, y una mujer quedóse muda, desorbitada, mirando sin ver, por encima del hombro de un cadáver al que mantenía abrazado fuertemente, como quisiera incrustarse en él.

* * *

Lord King asintió.

—Ni usted mismo, Cadger, puede salvarme de la silla eléctrica si logra demostrar que yo soy «Audax» y que yo he matado a esos cuatro que se encuentran descansando para siempre en el garaje.

—Queda su Jake Bush. ¿O le mató también?

—Se fue en un «Studebaker» con una mujer...

—¿De qué color el coche y el pelo de la mujer?

—Marrón y castaño. Un catorce caballos...

Iba Cadger a coger el teléfono, peso desistió.

—En la frontera tienen descripción de los fugados de Alcatraz. Su única probabilidad está en que detengan a Jake Bush.

—¿«Grumpy»? —preguntó King.

—Tuvo la amabilidad de acompañar al señor Durban a mi piso —explicó Cadger.

—¡No puede detenerle por delitos que no ha cometido, Cadger! —estalló «Baby».

—Si se refiere a su patrón, no estamos de acuerdo, Generalmente, «Baby», nos caracteriza una absoluta compenetración fraterna y amistosa. Pero es mi deber entregar a King a las autoridades.

La pistola de Cadger pareció servirle como instrumento para rascarse la mandíbula. Con la otra mano lanzó las esposas al diván entre King y la secretaria.

—Ayude a su patrón a colocárselas. Me molestaría tener que dejarle en la misma situación enojosa que al señor Durban. Y lo haré al menor síntoma de resistencia por su parte, King.

—Hazme ese favor, muñeca —sonrió King sin alegría—. Colocar esposas no significa que las he de llevar toda mi vida.

—¡No quiero! Me parecería que he sido yo quien... —Y «Baby», levantándose apresuradamente, desapareció en el cuarto de baño.

—Todo el frío egoísmo que le personaliza, King, se compensa cruelmente con la sensibilidad de esta chica.

Lord King colocóse un anillo de acero alrededor de la muñeca izquierda. Tendió la muñeca derecha.

Roy Cadger, recelosamente, avanzó una mano.

—No pienso oponerme, Cadger. Me prometió que a ellas dos nada les pasaría si yo voluntariamente me entregaba.

El «clic» del segundo anillo precedió al tranquilo ademán con que Lord King, ya esposado, añadió:

—Ellas dos no sabían que yo era «Audax».

—No lo sabían —aceptó Roy Cadger.

—Pero yo tampoco lo sé —dijo sonriente King.

—Sí. Usted se confesará espontáneamente. Lo contrario sería jugar sucio y me obligaría a emplear como encartadas en

complicidad a *Miss Dove* y a *Miss Telma*. Y en mis interrogatorios, no guardo consideraciones ni a mi propio hermano.

—¿Tiene un hermano, Cadger? Un duplicado de usted, creo que es ya el colmo que pueda soportar la humanidad. En serio, le agradezco la probabilidad que me dio de... Han llamado.

—He oído el timbre. Pero no acabo de confiar en usted, King. Ni usted ni yo podemos acudir a la puerta. ¿No tiene una secretaria? ¡Diablos! Asume y vaya a abrir.

Sólo silencio provino como respuesta del cuarto de baño.

El timbre de la puerta volvió a repiquetear con insistencia.

—Haz el favor de ir a abrir, «*Baby*» —ordenó Lord King.

Joan Telma salió, cruzando la habitación. Poco después, en el umbral del saloncito, se detuvo una muchacha, hundidas las manos en los bolsillos de su larga chaqueta-sastre de punto parduzco.

Llevaba una falda del mismo género y color. Unas medias claras y unos zapatos deportivos de tacón bajo completaban su atavío.

El rostro de la recién llegada, carecía de expresión. Profundamente lívida, tenían sus ojos un agrandamiento exagerado, como la persona que se hallaba, en trance, bajo los efectos de visiones imperceptibles para los demás.

—Jake Bush ha muerto —anunció con voz sorda—. Soy Meg Terry, su novia. Me ordenó al morir que viniese a explicar a Lord King...

—Siéntese, ¿quiere?... —invitó Roy Cadger señalando el diván—. Parece usted cansada.

—De vivir. No quiero sentarme. Por el retrato de la revista, le reconozco, King. Mi novio quiso que a usted no le ocurriera nada. Estoy dispuesta a firmarle una declaración explicando cuanto sucedió desde que Ike Slavey le proporcionó a mi novio los medios para huir de Alcatraz, con mi ayuda.

—¿Puedo invitarla a sentarse, señorita? —rogó Lord King.

—No quiero —dijo ella ásperamente, continuando en pie, adosada ahora al umbral.

—Toma nota taquigráfica de cuanto diga la señorita —apremió King, dirigiéndose a «*Baby*»—. ¿De acuerdo, Cadger?

Monótonamente, Meg Terry fue explicando lo sucedido desde que Ike Slavey la llamó para proponerle que fuera a un hotel de la costa, frente a la isla de Alcatraz.

Más que narrar, revivía todos los momentos, con detallada minuciosidad. Daba detalles patéticos en su pueril insignificancia sentimental. Continuaba en pie, con las manos hundidas en sus bolsillos.

Y su bolsillo derecho intrigaba a Roy Cadger, que de nuevo mantenía oculta su pistola bajo el sombrero.

—... Cuando riñó con Slavey, salimos a la calle. Yo quería ir a cenar, pero Jake estaba sombrío. A veces tenía arrebatos de genio. Y de pronto me hizo daño al cogerme por un brazo, y decirme con voz alterada que nos íbamos a ir lejos de los Estados, para intentar emprender una nueva vida, porque empezaba un nuevo año. Teníamos poco dinero, pero dijo que con la venta del «Studebaker» en el Canadá obtendríamos para los primeros meses, mientras encontrase trabajo. Era fuerte, muy fuerte —dijo ella con orgullo—. Y pensaba, emplearse en una factoría aserradora como simple leñador.

Enmudeció. A su lado, «*Baby*» escribía febrilmente en un *bloc*.

—Él era bueno y honrado —dijo con lastimero acento la muchacha—. Pero como a mí, la vida le había maltratado. De niño no conoció más que miseria y malos tratos. De muchacho, malas compañías. Yo le conocí cuando tenía treinta años y yo diecisiete. Hace dos años que vivíamos juntos. Me quería. Sí, me quería...

Bajó la cabeza intentando recordar dónde se encontraba. Miró por unos instantes a sus tres atentos oyentes como si los viera por vez primera.

—Al llegar al garaje, oímos la voz de Ike Slavey. Estaba explicando a Foxy y a Bunker su plan. Dejar a un individuo enmascarado que acababan de privar de sentido, en una casa donde matarían a una vieja, robándola. Jake tuvo uno de sus extraños arrebatos al oír esto. También añadió Slavey que debían matarle a él, porque se había negado a tomar parte en aquella faena. Jake disparó... Cayeron Foxy y Bunker. Ike Slavey le prometió a mi novio cincuenta mil dolares. Pero Jake disparó también contra él matándolo. Iba a subir al coche, cuando, desde el suelo, Bit Bunker, que agonizaba, disparó contra él.

—Un momento, señorita —dijo de pronto Cadger—. Tendrá usted que aguardar a que la señorita secretaria pase en limpio sus notas taquigráficas.

—¿Aguardar? —dijo ella, como hablando en sueños.

Roy Cadger desvió la vista del bolsillo derecho de la muchacha.

—Quiero decir que no tendría valor su honesta declaración si no estaba escrita legiblemente, y firmada por usted.

—Tendré que firmar con mis huellas digitales. No sé escribir.

—Gracias. Todavía más legal —dijo Roy Cadger con voz suave—. ¿Tiene la bondad de ultimar su espontánea declaración explicando los motivos por los que la presta? Salva usted de un gran apuro al señor King.

—No lo hago por él. Lo hago porque lo quiso así Jake. Todo el mundo explota a todo el mundo... Pero Jake era honrado.

—Lo creo —dijo Cadger—. Tuvo mala suerte. Siga hablando, señorita.

Nadie había llamado «señorita» a Meg Terry. Miró rencorosamente a Roy Cadger.

—¿Se burla usted de mí?

—¿Por qué?

—Yo no soy una señorita. Nací en el arroyo y de él no he salido.

—Las cunas no hacen los temperamentos, señorita. Yo también nací en el arroyo. Tuve suerte. Eso es todo... ¿Tiene la bondad de seguir? ¿Qué pasó cuando quedó malherido Jake Bush?

—Yo no supe... Algo se rompió en mi pecho. No sé explicarlo. Era como si el corazón de Jake y el mío estuvieran reunidos por un hilo de carne, y acaben de cortarlo. Cogí el volante y salí dispuesta a despeñar el coche o reventarlo contra una comisaría de policía. Por el camino, Jake, a quien yo creía muerto hablé. Me dijo... cosas bonitas que nunca me había dicho. Me espera... Bueno, me dijo que tenía que venir aquí aclararlo todo, porque nadie debe pagar culpas que no ha cometido.

—Pase a máquina esta declaración, Miss Telma —ordenó Cadger—. Y así que la señorita Terry la haya firmado, usted podrá darle las gracias, King.

Roy Cadger se levantó, mientras «Baby» se iba. Oyóse casi inmediatamente el repiquetear de una máquina de escribir.

Meg Terry miró sin recelo a Roy Cadger, que, acercándose a ella, dijo con suave voz:

—Un cordial le sentaría bien, señorita Terry...

Inesperadamente las dos manos de Cadger rodearon las muñecas

de la muchacha, que se debatió salvajemente, propinando puntapiés.

Pero el rechoncho Cadger, si bien comía demasiado, había sido campeón de los semipesados del Cuerpo de Investigación. Logró reunir las dos muñecas en una llave de lucha bajo su axila, y su diestra se hundió en el bolsillo de la chaqueta pardusca de punto.

Extrajo una pistola automática, Fue empujando a Meg Terry hasta dejarla sentada en el diván. Y volvió a ocupar su sillón.

—Jake no quiere que usted se mate, Meg.

—¿Cómo... cómo sabía usted que yo...?

—Escuche, niña. Tiene usted dieciocho años, y yo cuarenta y ocho. Además, soy muy inteligente, demasiado. Por eso siempre estoy descontento. No intente irse, Meg. Jake desea que usted firme la declaración. Y yo no conocí a Jake. Quizá si lo hubiese conocido le habría ofrecido un empleo en mi brigadilla especial. Tengo la inmoralidad del que mucho ha visto y por entre muchas miserias calladas ha sondeado. Pero si no pude hablar a Jake ni le he oído, casi sé cómo pensaba. Escuche, niña. Ahora Jake descansa. De lejos piensa en usted, y le gustaría verla bien casada, con un buen trabajador...

—Dijo que yo... no debía seguirle. Me llamó boba, y aseguró que si... ¡No puedo, no puedo más!

Abalanzóse fieramente hacia delante. De nuevo, Roy Cadger demostró que su aparente gordura era un engaño más de su paradójica personalidad.

Ágilmente quitó las esposas que encerraban las muñecas de Lord King, mientras inmovilizaba a Meg Terry, manteniéndola abrazada por la cintura, encerrando sus brazos.

Lo colocó las esposas y casi con brutalidad la empujó al diván.

—Le pegaré un tiro, niña, si vuelve a intentar huir.

—¡Hágalo!

—Pero no para darle el billete de viaje hacia Jake. Para inmovilizarla. Escúcheme bien. Usted irá a un reformatorio. Yo la recomendaré, y cuando Roy Cadger se toma interés en algo, lo hace debidamente. Hay una celadora que me conoce. Es vieja y tiene cabellos blancos. No tiene hijas... Las chicas que van al reformatorio están agriadas por muchos sinsabores. Creen, que la vieja Roberts es una más de las componentes de la sociedad que las

rechaza. Y no quieren dejarse decir frases cariñosas.

—¡No quiero cariño! ¡Y usted es odioso!

—Lo soy, de acuerdo. Pero usted tiene que aguantarme, lo quiera o no. Por haber facilitado la fuga de unos presidiarios, conseguiré que sólo le impongan tres años de reformatorio. Saldrá con veintiún años. Aprenderá a leer y escribir. Le enseñarán un oficio. Con su peculio de tres años, más diez mil dolares que el señor King pondrá a su nombre en un Banco, cuando usted salga seguirá recordando a Jake, porque a su modo se portó bien con usted. Y si no le sigo pareciendo odioso, venga a verme.

El teléfono repiqueteó. Lord King le dio, el aparato al detective.

—Diga... ¿Qué?... Es usted un cretino espantoso, Scraps. Ahora me habla de Lizzy Farrell. Muerta en un garaje, ¿no? ¿Y quién la mató?... No lo sabe, ¿eh? Venga hacia aquí, cretino. ¿Que dónde estoy?... ¿No me está telefoneando? Averígüelo, cretino.

Colgó en la horquilla ruidosamente.

—Y este Scraps es uno de mis sabuesos. ¡Listo estoy! Suerte que mí cerebro lo hace todo.

«Baby» reapareció y con manos temblorosas tendió a Cadger dos pliegos mecanografiados. Llevaba también un tampón de tinta.

—Eficiente la muchacha cuando se calla —comentó Cadger.

Cogió la copia de la declaración verbal de Meg Terry.

—Tengo que leérsela, Meg.

—No hace falta. ¿Dónde tengo que poner los dedos?

Y dócilmente Meg Terry tendió sus manos esposadas hacia la caja-tampón. Humedeció las yemas ayudada por «Baby».

Cuando quedaron impresas sus huellas digitales al pie de la declaración escrita, «Baby» se sentó junto a la muchacha, cuyos hombros, enlazó con un brazo.

—Usted podrá ser como ella —dijo Cadger, señalando a «Baby» con la barbilla y mirando a Meg Terry—. ¡Una buena taquimecanógrafa... y seguramente mejor hablada que Miss Joan Telma!

«Baby» inclinó, la cabeza y sus labios estamparon un beso en la mejilla de Meg Terry, que, extrañada, la miró vagamente.

—Gracias, Meg —dijo «Baby»—. No haga caso de este sapo gordo, Es... un trozo de pan, pero por fuera da asco.

Roy Cadger se levantó y asió de un brazo a Lord King,

arrastrándolo casi hacia el umbral. Entraron ambos en el otro salón.

—Ahora le toca usted, King. Jake Bush, con ser un ladrón, y Meg Terry, con ser una muchachuela, son más honrados que usted. ¿Se siente ofendido?

No.

—Ya. Porque, de lo contrario, le hubiese llevado a la comisaría. Ellos, queriendo ser honestos, no pudieron serlo. Usted, pudiendo vivir tranquilamente porque es asquerosamente rico, prefirió jugar al ladrón. Se va a largar, King. Sí; se va a largar. A Europa, al Asia, al infierno, donde elija. Si continúa en Nueva York o en cualquier parte de los Estados, yo le detendré aunque tenga que inventar los motivos. Detesto a los seres egoístas, porque yo soy egoísta. Y todos nosotros tenemos la culpa de muchos descarriamientos. «*Baby*»... quizá sufra al principio, como sufrirá Meg en el reformatorio. Pero, después, se sentirán apaciguadas. «*Baby*» está enamorada de usted.

—Puedo casarme con ella.

—¡Narices! ¿Para hacerla desgraciada? Usted, no se quiere más que a usted mismo. Es de otra clase que «*Baby*», sana y vulgar. Tarde o temprano se cansaría de ella, y ella no es de las que se cansan. Lo que va usted a hacer es colocar diez mil dolares a hombre de ella en el Banco. Más diez mil a mi nombre. Eso es.

—¿Treinta mil dolares por su generosidad, Cadger?

—Treinta mil, porque entre Meg y yo queda usted en libertad de irse donde mejor le parezca. Dé la última orden a «*Baby*». Que le prepare su equipaje, y yo mismo le acompañaré a donde le vea largarse.

—¿Le parece bien el avión a Australia?

—¡Magnífico! Y... no estaría mal que el avión capotase en pleno Pacífico. Puede ir a mudarse.

Fue el propio Cadger quien abrió la puerta cuando el timbre sonó precediendo la entrada de Scraps, uno de sus ayudantes.

—Llévese a la muchacha esposada, y esta declaración. Procure llegar con las dos cosas a la comisaría, cretino. La declaración no intentara escaparse, pero ella sí.

Meg Terry, asida por un brazo por Scraps, pasó ante el detective. No lo miró. Iba absorta en sus pensamientos.

Al entrar en el saloncito, Cadger enfrentóse a él una airada «*Baby*».

—¡Sapo! ¿Qué le ha dicho usted a Lord King?

—Le he dicho: «¡Diablos, diablos! Lárguese lejos, o le meto en chirona».

—Yo le acompañaré.

—Él no la necesita.

«*Baby*» desapareció corriendo. Entró en las habitaciones particulares de Lord King.

Le encontró anudándose la corbata.

—Eso..., pues, bueno, vamos de viaje, ¿no, patrón?

—Voy de viaje, *Miss* Telma. Siento tener que prescindir de sus servicios. Le agradezco infinitamente cuanto...

—¡No me hable como el gerente de mis antiguos almacenes!...
—protesto ella.

Puedes quedarte en el piso hasta que encuentres otro empleo, muñeca.

—¿Dónde va?

—Me aburre ya Nueva York, y he pensado hacer un crucero de varios años por otros países. Veré si encuentro a la esposa que sueño.

—Ya. ¿Cómo es la esposa que usted sueña?

—Culta, refinada y elegante.

—Ya. Es curioso, patrón —y sonrió «*Baby*» valerosamente—. Hay quien cree que yo estoy enamorada de usted, cuando lo que pasa es que le admiro.

—Yo a ti te admiro, Joan. Envidio al hombre con el que te cases.

—Bueno..., pues yo creo que nos debemos decir adiós.

—Adiós, Joan. Que seas feliz.

—Adiós.

Corrió ella más que anduvo hacia su habitación. No reapareció, porque se le hinchaban mucho los ojos cuando lloraba rabiosamente con íntima desesperación.

Lord King, impecable en su atuendo viajero, quitóse un guante para tender a Cadger un cheque.

—Cien mil —leyó Cadger—. Sobran setenta, King.

—Correspondo a su regalo de Nochevieja.

—Bien. Veinte mil para mí, veinte para Meg, otros tantos para «*Baby*», y el resto para el reformatorio donde ingresará Meg.

—Se olvida de «*Grumpy*».

—Naturalmente. Quiero que sea mi secretaria.

En el aeródromo, Lord King tendió, vacilante, su diestra.

—Usted es un hombre cabal y honrado, Cadger. Le recordaré amistosamente siempre.

—Yo, no —y mientras estrechaba la mano de King, añadió el detective—: Conste que no se va usted porque me sea, simpático. Se va, porque hay dos mujeres en su existencia, y no quiere complicarlas.

Sea por lo que sea..., ¡bendito sea usted, Cadger!

Cuando el avión surcaba los aires, Roy Cadger colocóse los pulgares en las sisas de su chaleco.

—Tendrías que detenerte y ponerte las esposas, Cadger. Por suerte eres un tipo inmoral, ¡sapo!

CAPÍTULO XI

Una nueva asociación

Leatrice Dove vigilaba el sueño inquieto de Talbot Durban. Había logrado que la fiebre del herido aminorara a base de sedantes y con unos expertos vendajes, después de sondear las heridas hasta lograr extraer las dos balas.

Colocó un índice en sus labios cuando entró Roy Cadger. Y le acompañó a su despacho.

—No he manchado las sábanas, señor Cadger, y puedo asegurarle que el señor Durban está mucho mejor. Han telefoneado de comisaría central, Park Avenue —y consultó ella una agenda—. El superintendente Mason. Parecía levemente contrariado, y solicita su presencia con bastante premura. Desea explicaciones por la detención del senador señor Conolly, asimismo como por la detención de la señorita Durban, efectuadas ambas bajo su responsabilidad. Me tomé la libertad de ponerme al teléfono.

—El superintendente Mason está rabioso como una mona vieja, y exige vaya inmediatamente a rendirle cuentas de mi locura. Pero usted ha transformado elegantemente el mensaje recibido por teléfono. Oiga, «Grumpy»... Perdón, *Miss Dove*. Yo soy soltero, de malas costumbres y peor lenguaje. Necesito una secretaria... ¿Quiere?

—Estoy al servicio del señor King, señor Cadger. Pero, de todos modos, agradezco su amable oferta.

—Lord King está camino de Australia. Le acompañé al aeródromo. No regresará... Mil dólares al mes, ¿basta, «Grumpy»?

—El señor King —y ella se esforzó en pronunciar el nombre con

indiferencia— me pagaba generosamente, y me daba quinientos dolares mensuales.

—Quinientos le doy yo. Los otros quinientos corren a cuenta del señor King, que me ha dejado un cheque para ello. Necesito una persona como usted que contrapese mi léxico poco distinguido.

—Mi sobrina debe darme su consentimiento.

Roy Cadger señaló el teléfono.

La respuesta de «*Baby*» fue afirmativa:

—Me alegro, tía. Tendré ocasión de visitar al mago en su antro, y algún día traeré arsénico para echarle en la sopa.

Y colgó satisfecha, porque por teléfono no se ven los estragos de una pena de amor.

Roy Cadger hizo un gesto amplio.

Está en su casa, «Grumpy». Y yo me largo.

—Me voy, señor Cadger.

—No; si el que se larga soy yo.

—Se va, señor Cadger.

—Bueno... Me voy. Pero ¿verdad que suena mejor esto de «me largo»? Tengo que ir a bregar con el superintendente.

—A discutir y razonar con el señor superintendente —corrigió Leatrice.

—¡Diablos! Estamos en Nochevieja. No empieza su labor hasta mañana, «Grumpy» del demonio.

Y Roy Cadger, satisfecho, se fue a entrevistar con el superintendente.

Fue su caso más difícil el demostrar la inocencia de Talbot Durban.

* * *

Dos semanas después de la partida de Lord King, «*Baby*» se encontró a un antiguo conocido.

Un coloso elegante, pelirrojo, cuyas espaldas tenían una escalofriante anchura, y cuyo rostro no tenía la estólida brutalidad que caracterizaba a sus compañeros de profesión.

Era Lefty Longleg, el zurdo zanquilargo, campeón de *catch*^[3].

—Hola, hermana —dijo el luchador, mirándola con recelo.

—Buenos días, Lefty. ¿Qué tal está usted?

—Ésta no es «*Baby*» —rió el luchador—. Me la han cambiado. Habla usted correctamente.

—Estoy desanimada, campeón. Me hace falta un trago. ¡Diablos! Soy joven y no debo dedicarme a ensartar poesías de desconsuelo.

—¿Qué lío es éste?

—Se fue.

—¿Quién se fue? —preguntó, perplejo, el luchador.

—Él. Mi patrón.

—¡Ah! ¿Y se apura porque está sin empleo?

—Sigue usted tan torpe y cabezota como siempre, hermano.

—¡Caigo! —Y Lefty se propinó un manotazo en la frente que resonó como un estampido—. Usted..., pues..., bueno, ya sabe, ¿no?

Sonrió «*Baby*» y enlazó su brazo al voluminoso conglomerado de músculos del brazo zurdo del luchador.

—Le quería, muchachote, y se fue. ¿Me invita a un trago?

—Un jugo de naranjas, hermana. Una chica linda como usted no debe beber alcohol.

—¡«Guá!»! Yo no tengo que subir a ningún *ring*.

Por espacio de dos semanas se encontraron distintas veces el luchador y la ex secretaria de Lord King.

Estaban bailando en el «Papagaya» cuando, a espaldas de la pareja, una voz murmuró:

—Tal para cual. Músculos y acometividad. Palabrotas y agresividad.

Lefty Longleg dejó de bailar, colocando los dos puños en sus caderas. Roy Cadger no se inmutó.

—Buenas tardes, «*Baby*». ¿Qué tal?

—¿Sigue usted vivó, sapo?

—¿Quién es esa pelota de carne? —inquirió Lefty sin amabilidad.

—Un buen amigo mío, muchachote. Siempre peleamos..., pero nos tenemos simpatía. ¿Qué hace por aquí, Cadger? ¿Ha venido a balancear las caderitas al compás de la «Conga»?

—Hay una oportunidad para usted, «*Baby*». Periodista.

Joan Telma cogió del brazo al detective mientras asía por la solapa al luchador.

—¡Diablos! Creo que sirvo para periodista, ¿no, buenos mozos?

—Seguro —dijo lacónicamente. Lefty.

—He pensado que yo, con mi cerebro, y usted con su dinamismo, podíamos ayudarnos mutuamente, «Baby» —explicó Cadger—. Cada día estoy más solicitado. Nueva York se ha dado cuenta que yo soy el supertalento del siglo.

—No creas que bromea —aclaró «Baby», mirando al asombrado *catcher*—. Habla muy en serio. Nadie piensa mejor de Roy Cadger que Roy Cadger. Bueno, creo que formaremos un buen cuarteto.

—¿Dónde está el cuatro? —inquirió Lefty, recelosamente—. Conoces a muchos locos, hermana.

—Mi tía es todo un modelo de sensatez, cabezota. Nos veremos en la cúspide de la gloria. Tú, Lefty, me ayudarás con los reportajes difíciles, donde haya que usar métodos persuasivos, ¿sabes?

—Leña —tradujo Cadger seriamente.

—Yo soy un hombre pacífico —dijo Lefty con la misma seriedad.

Y le tocó el turno a Cadger de desconcertarse, porque había visto, el torbellino huracanado que era Lefty Longleg en el *ring*.

—Usted, Cadger, será la masa encefálica y exasperante. Yo escribiré reportajes que se chuparán los dedos los millones de lectores que tendré. Y «Grumpy», mi tía, arreglará los resúmenes de nuestras investigaciones.

—Tengo sed —dijo Longleg—. Cuando no comprendo una cosa me da mucha sed.

—Se pasará el día bebiendo, ¿eh, luchador?

Lefty Longleg, en vez de contestar, prefirió mirar a Roy Cadger como quien contempla a un fenómeno.

—¡Diablos! —exclamó «Baby»—. Ya tengo el título de nuestra asociación: «Los cuatro ases».





Pedro Víctor Debrigode Dugi
(1914-1982)

es uno de los grandes autores de la novela popular española en su época de esplendor, aquella que va desde los años cuarenta hasta inicios de los años setenta del siglo XX, cuando la televisión cambia definitivamente los hábitos de consumo de la sociedad española. Fue autor de centenares de títulos en la amplia diversidad de géneros que caracterizaba esta manifestación cultural aunque destacó en el terreno de la novela de aventuras y de la novela policíaca.

Nació en Barcelona el 13 de octubre de 1914, siendo su padre francés y su madre corsa. Educado en un ambiente culto —su padre era ingeniero aeronáutico— tuvo una esmerada educación. Estudió la carrera de Derecho aunque no la pudo finalizar pues el año 36, viviendo en Santa Cruz de Tenerife, se vio alistado en las filas del bando nacional al inicio de la Guerra Civil; tras solicitar su traslado a la Península se vio envuelto en extrañas circunstancias que le llevaron a ser acusado de espionaje. Tras ser liberado por falta de pruebas, intentó pasar a Francia pero no lo consiguió siendo nuevamente detenido acusado no sólo de espionaje sino de abandono de destino y malversación de caudales. Tras pasar por

distintos penales y ser condenado, finalmente salió en libertad en octubre de 1945. Empezó a escribir desde la prisión y se casó por primera vez en 1949 teniendo cuatro hijas a medida que iba consolidando su dimensión de escritor profesional. La familia combinó la residencia en diversas poblaciones de Cataluña y se trasladó posteriormente a Santa Cruz de Tenerife. Desde 1957 hasta 1963 Debrigode se estableció en Venezuela donde trabajó como corresponsal de la Agencia France Press y como relaciones públicas de un hotel. Vuelto a España, su esposa falleció en 1967. Se volvió a casar en 1972 y fijó su residencia en La Orotava a partir de 1974; falleció en febrero de 1982 a la edad de sesenta y ocho años dejando tras de sí una ingente producción literaria.

Utilizó un amplísimo abanico de pseudónimos aunque los más importantes fueron Peter Debry —con él creó la mayoría de su narrativa policíaca y del oeste— y Arnaldo Visconti —con esta máscara presentó toda su narrativa de aventuras— pero también firmo sus obras como P.

V. De

brigaw, Arnold Briggs, Geo Marvik, Peter Briggs, v. Debrigaw, y Vic Peterson.

Notas

[1] Ver *Alta Sociedad*. < <

[2] Ver *Los Mercaderes de la Muerte*. < <

[2] Ver *Entre Piratas Aéreos*. < <